UN TERCERO
EN DISCORDIA,

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DE

Don Manuel Breton de los Herreros.

MANUEL TARAMONA
ABOGADO
CALLE MAYOR 71
MADRID

Esta comedia ha sido aprobada para su representacion por la Junta de censura en 3 de Mayo de 1850.

M. P. D.

MADRID.

IMPRENTA DE POLICARPO LOPEZ.
Cava-Baja, n.° 19, bajo.
Enero 1874.

PERSONAS.

LUCIANA. . . .	*Sra. T. Baus.*
DON SATURIO. .	*D. José García Luna.*
DON TORCUATO.	*Sr. P. Montaño.*
DON RODRIGO .	*Sr. R. Lopez.*
DON CIRIACO. .	*Sr. J. Galindo.*
NEMESIA. . . .	*Sra. D. Pinto.*

La escena es en Madrid. El teatro representa una sala.

Esta comedia pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad en el todo de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON RODRIGO. (*Con papeles de música en la mano.*)
NEMESIA.

Rodrigo. Oh respetable Nemesia!
Buenas tardes. Qué tal va?
Nemesia. Me voy mejorando ya.
Me prueba bien la magnesia.
Rodrigo. Y don Ciriaco? Salió?
Nemesia. Está durmiendo la siesta.
Bien haya cuando se acuesta!
El duerme y descanso yo.
Rodrigo. Oigan! Tanto da que hacer?
Nemesia. Aun eso yo lo sufriera,
pero tiene por contera
un genio de Lucifer.
Rodrigo. Pues si parece un bendito!
Nemesia. Con quien todo se lo aguanta;
mas conmigo... Vírgen santa!
Pone en los cielos el grito.
Rodrigo. Ya; pero usted todo el dia
le está riñendo...
Nemesia. Le riño;
pero por qué? Por cariño.
Rodrigo. Sí tal; y por simpatía.
Pero á qué fin hasta el alba
contrariar al buen señor?
Llévele usted el humor,
y será como una malva.
Si ve usted que se sofoca
cuando...

587345
862.8
C732
5

Nemesia. Ay, señor don Rodrigo!
Ese hombre acaba conmigo.
Rodrigo. Qué dice usted?
Nemesia. Estoy loca.
Rodrigo. El celo en que usted se abrasa
por su dicha...
Nemesia. Claro está.
Cuarenta años hace ya
que estoy sirviendo en su casa.
Siempre mi lealtad probó;
y si usted se lo pregunta
le dirá que su difunta
le amaba menos que yo.—
Con buen fin. No hay que pensar.
Pero es tan raro, tan plomo,
que á veces el pan que como
me lo vuelve rejalgar.
Jesus, qué hombre!
Rodrigo. Cierto es
que habla á veces, dando enojos,
con la boca, con los ojos,
con las manos y los pies.
Apenas dice un vocablo
sin hacer la pantomima,
y esto en verdad causa grima...
Nemesia. Oh!
Rodrigo. Pero es un pobre diablo.
De sus mañas la peor,
aunque él obra sin malicia,
es cuando soba y desquicia
al pobre interlocutor.
Yo respetando sus canas
á sufrirle me someto;
que es hombre, y está sujeto
á las flaquezas humanas.
Nemesia. No me enojan sus manías:
las tolero con paciencia,
y él tiene la impertinencia
de no tolerar las mias.
Rodrigo. Es el amo, y no me espanto...
Nemesia. Cómo se entiende?... Eso no.
No hay mas amo aquí que yo.

RBC/NcU

Rodrigo. Ah!... Yo no sabia tanto.
Nemesia. Sí tal; que no vale un cuerno
sino es para hablar ese hombre;
y si él es amo en el nombre...
yo soy ama de gobierno.
Rodrigo. Sí; ya veo...
Nemesia. En su servicio
no sin fruto encanecí.
Oh! Si no fuera por mí
ya estaria en el hospicio.
Yo arreglo el gasto diario,
yo proveo la despensa,
y sin otra recompensa
que el miserable salario.
Yo, que lejos de sisar
economizo en un pelo,
no he de tener el consuelo
siquiera de regañar?
Cuándo tiene pesadumbres
sin que yo llore y me aflija?—
No soy yo quien á su hija
enseña buenas costumbres?
Yo le curo si está enfermo,
que entiendo de yerbas algo;
yo si él no sale, no salgo;
yo si él no duerme, no duermo.
Yo doy parte al celador
si muda de cocinera;
yo pago á la lavandera,
al casero, al aguador...
En los negocios mas graves,
como soy discreta y fiel,
nadie se entiende con él,
sino con su ama de llaves.
Yo le repaso la ropa...
No es por alabarme, no;
pero mujer como yo
no la he de hallar en la Europa.
Mire usted si el pan que como
me cuesta poco sudor,
siendo aya, sastre, doctor,
boticario y mayordomo.

Rodrigo. Hola! Es usted un estuche.
Nemesia. Sí; mas se rebela el viejo,
y si le doy un consejo
no hay forma de que me escuche.
Antes era dócil, bueno,
y me hablaba muy cortés;
pero habrá cosa de un mes
que ha dado en tascar el freno.
Rodrigo. Eso hace que vino aquí
mi primo desde Segovia.
Nemesia. Para afligir á su novia
y desesperarme á mí.
Rodrigo. No agrada mucho á Luciana.
Nemesia. Pero su padre cruel
quiere casarla con él
de buena ó de mala gana.
Rodrigo. Dichosa la puede hacer,
que es rico, honrado y amable.
Nemesia. Es un ente insoportable,
y así se lo dije ayer.
Rodrigo. Nemesia!
Nemesia. Qué petulancia!
Qué confiado y qué necio!
Dígale usted un desprecio,
y lo convierte en sustancia.
Rodrigo. Aunque tenga ese defecto...
Nemesia. No se ha de casar con ella.
Rodrigo. Se espone á morir doncella
si espera un hombre perfecto.
El tiempo quizá y el trato...
Nemesia. Ese es mal que no se cura.
Rodrigo. Y vale mas por ventura
el insigne don Torcuato?
El es celoso en estremo,
irascible, suspicaz...
Nemesia. Oh qué hombre tan montaraz!
Solo de verle me quemo.
Rodrigo. Cómo, si usted le protege?
Nemesia. Le protegía, ahora no.
Si hubiera sabido yo
que era tan maldito pege!
Ya estaba aquí don Saturio

cuando supe esos amores.—
La vecinita Dolores
les servia de Mercurio.
Ella en casa presentó,
yo no sé con qué pretesto,
á ese galan indigesto
que á Luciana deslumbró.
Cuando supe que el bellaco
aspiraba á su belleza,
quise dar en la cabeza
al novio y á don Ciriaco.
La cosa era ya formal,
y á falta de otro remedio,
quise poner de por medio
el escollo de un rival.
Otro novio menos vano
hubiera perdido el seso,
mas no se apura por eso
el hidalgo segoviano.
En tanto poquito á poco
sacaba los pies del plato
el chinche de don Torcuato,
que es otra especie de loco.
Lucianita, ya ve usted,...
casarse quisiera ya;
mas la pobrecilla está
como entre espada y pared:
y á mí me causan enfado
y me quitan el reposo
el uno por caviloso,
y el otro por confiado.

Rodrigo. Eh! Llévelo usted por Dios...

Nemesia. No. Mi amor propio se pica.
No ha de casarse la chica
con ninguno de los dos.
Por mas que gruña y se emperre
don Ciriaco, no le vale.
El está dale que dale,
y yo estoy erre que erre.

Rodrigo. Fuera mas puesto en razon
dejar á Luciana bella,
pues la interesada es ella,

libertad en la eleccion.
Nemesia. Cómo!...
Rodrigo. Yo no culparé
la intencion de usted, Nemesia.
Nemesia. Manda Dios, manda la Iglesia,
alumbrar al que no ve.
Rodrigo. Con ese genio impaciente
y esa áspera condicion,
tiene usted un corazon...
Nemesia. Tierno, sensible...
Rodrigo. Escelente.
Quiere usted como una madre
á Lucianita...
Nemesia. Es mi encanto.
Rodrigo. Y como la quiere tanto
no halla novio que le cuadre.
Nemesia. Solo deseo su bien:
créalo usted, don Rodrigo.
Rodrigo. Yo me precio de su amigo,
y lo deseo tambien.
Quisiera yo que en la corte
no reconociese igual
el venturoso mortal
que haya de ser su consorte.
Mas si ya su corazon
á don Torcuato prefiere...
Nemesia. Si todavía le quiere,
reniego de su pasion.—
Mas aquel genio sombrío
ya á la muchacha fastidia;
y, si no me engaño, lidia
entre el amor y el desvío.
Rodrigo. Ah! Cuál fuera mi contento
si le diese su retiro!
Nemesia. Qué dice usted? Yo me admiro...
Rodrigo. Lo digo como lo siento.
Querer á ese hombre es locura.
Qué bien anuncia su ceño?
No, no merece ser dueño
de tan perfecta hermosura.
Puede haber mayor martirio
que vivir siempre á su lado?

Nemesia. Ay! Está usted enamorado?
Habla usted con un delirio...
Rodrigo. Sí?... Me ha exaltado el temor
de su desgracia.
Nemesia. En verdad...
Rodrigo. Muchas veces la amistad
delira como el amor.
Sin solicitar su mano
bien puedo llamarla bella;
bien puedo mirar por ella...
Nemesia. Pues; así,... como un hermano...
Rodrigo. Crea usted...
Nemesia. Ay, don Rodrigo!
Si yo mis quince tuviera
un amigo á Dios pidiera...
siendo como usted el amigo.
Rodrigo. No sea usted maliciosa.—
Podré ver á Lucianita?
Nemesia. Y por qué no?—Señorita!—
Ahí la tiene usted.
Rodrigo. (Qué hermosa!)

ESCENA II.

LUCIANA. DON RODRIGO. NEMESIA. (*Esta acerca sillas.*)

Luciana. Oh don Rodrigo! Por qué
no has avisado, Nemesia?
Nemesia. Ahora mismo...
Rodrigo. Buenas tardes,
Lucianita. (*Se sientan Luciana y don Rodrigo.*)
Luciana. Hoy en la mesa
no nos ha querido usted
acompañar: y se queja
mi afecto...
Rodrigo. Yo lo he sentido
por dos causas: la primera,
porque me he visto privado
de sociedad tan amena.
Luciana. Mil gracias.
Rodrigo. Y la segunda,

porque salgo de mi regla.

Luciana. Ya sé que en casa del conde
comen siempre á la francesa.

Rodrigo. Tantas instancias me ha hecho
que aceptar ha sido fuerza
su convite; y por mi vida
que es una triste fineza
hacer esperar á un hombre
tres horas ó tres y media
para comer una sopa
muchas veces no tan buena
como la suya. Y en tanto
que el momento ansiado llega
qué se hace en el mes de agosto
el cuitado á quien obsequian
de este modo? A dónde vá?
En todas partes molesta.
Aquí están comiendo, y sienten
que un estraño los sorprenda,
bien porque entonces les falta
la libertad que quisieran
para hablar de sus negocios,
bien porque no les convenga
que se entere de si comen
faisanes ó berengenas,
de si hay ó no pulcritud
en mantel y servilletas,
de si trinchan ó destrozan,
de si rezan ó no rezan.
Allí acude cuando todos
están durmiendo la siesta;
aquí no está el amo en casa;
allí no le abren la puerta;
si entra en un café, se aburre;
se achicharra si pasea.
Si se resuelve á tomar
un bocado á buena cuenta,
porque á traicion le convidan
y no ha almorzado chuletas,
luego no tiene apetito;
y el Anfitrion que le observa
ó se pica imaginando

que su banquete desprecia,
ó el «vaya; anímese usted»
á cada plato renueva.
Si hasta declinar el sol
le dice al hambre: paciencia!
desfallece, es ya cadáver
cuando á la mesa se sienta.—
Esto de comer las gentes
á unas horas tan diversas
es incómodo á quien vive
en la capital de Iberia.
Sepámoslo de una vez:
qué somos en esta tierra?
Españoles ó franceses?
Se come aquí, ó se merienda?
Cuál es mejor reglamento?
No se sabe cosa cierta.
Qué se entiende por *buen* tono?
Qué quiere decir franqueza?
En qué cátedra se aprende
la urbanidad verdadera?
Reside en la aristocracia,
ó bien en la clase media?
Cuáles los límites son
entre esta clase y aquella?—
Ya se ve, los madrileños
se han formado tal menestra
de costumbres nacionales
y costumbres estrangeras,
que aquí ya nadie se entiende
ni le conoce su abuela.

Luciana. No le falta á usted razon.

Rodrigo. Madrid al paso que lleva
será pronto una charada
si el cielo no lo remedia;
y el Edipo que la acierte
no ha de ser niño de teta.—
Pero hablemos de otra cosa,
ya que afable como bella
me otorga usted una gracia
que todo el pueblo me niega.

Luciana. La conversacion de usted

es en estremo discreta,
y le aprecio demasiado
para que me prive de ella.

Rodrigo. Señorita...

Luciana. Esos papeles...
Perdone usted que me atreva...

Rodrigo. Para usted los traigo. Un *duo*
es este, admirable pieza,
y este otro una *cavatina*.

Luciana. Son de la ópera nueva?

Rodrigo. Sí señora. Es lo que usted
mas ha celebrado de ella,
y á ofrecerle me apresuro
esta prueba harto pequeña
de mi amistad.

Nemesia. (Amistad!)

Luciana. Mucho estimo la fineza.—
Qué preciosa *cavatina*!
Qué *duo*!... Música, letra;
todo es sublime.

Rodrigo. No dudo
que mas sublimes parezcan
cuando les dén nueva vida
esos labios de sirena.

Luciana. Sirena? Pobre de mí!
Vaya; usted me lisonjea.

Nemesia. (Dále, dále por la solfa
y perderá la chabeta.)

Luciana. Quien le oiga á usted y no á mí
me tendrá por muy maestra.

Rodrigo. Quizá no lo sea usted,
mas basta que yo lo crea;
y aunque parezca lisonja...

Luciana. Vaya, usted como se precia
de galante...

Rodrigo. Sí; es verdad;
mas si mi labio exagera,
no es galantería, no:
es que la amistad me ciega.

Nemesia. (Qué amistad ni qué embeleco?
Diga amor y no nos muela.)

Luciana. El tener yo por amigo

sugeto de tales prendas
me envanece. Crea usted
que nadie tanto le aprecia
como yo.

(*Deja los papeles de música sobre una silla, y uno de ellos se cae al suelo.*)

Rodrigo. Mucho agradezco
que un corazon donde reina
el amor pueda aceptar
la pura inocente ofrenda
de mi amistoso cariño.—
Y cuándo, cuándo se estrecha
ese lazo venturoso?
Yo he visto la preferencia
que dá usted á Don Torcuato,
y aunque veo que se empeña
don Ciriaco en que mi primo...

Luciana. Quiere usted darme una prueba
de su amistad?

Rodrigo. Señorita!
Lo duda usted? Qué no hiciera
por complacer...

Luciana. Pues le ruego
que jamás á hablarme vuelva
de mi boda y mis amantes.
Qué porfiada contienda!
Uno en mi padre se apoya;
otro me hostiga y se queja
alegando... Santo Dios!
Voy á perder la cabeza.
No sé si amo ó si aborrezco,
ni qué pensar, ni qué senda
debo seguir, porque todas
me parece que me llevan
al precipicio; y no obstante...
Basta. Déjenme siquiera
respirar. No hace tres años
que jugaba á las muñecas,
y ya entre dos aspirantes
fluctua mi inesperiencia.
Qué angustia! No puedo mas.—
Hablemos de otras materias...

De música por ejemplo.
Ese *duo* me enagena.
Vamos á ensayarle ahora?

Rodrigo. Disimule usted. Me pesa
en el alma el no poder...
Ya sabe usted que me esperan...

Luciana. Ah! Sí. Bien: lo estudiaremos
mas tarde.

Rodrigo. Cuando usted quiera.—
Se entiende, si no se pica
Don Torcuato.

Nemesia. Si se cuelga
de rabia, tanto mejor.

Rodrigo. Este miramiento es deuda
de mi amistad. Yo no debo
despertar en él sospechas
que perturben el reposo
y la dicha comprometan
de Luciana.

Nemesia. Y quién ha dicho?...

Rodrigo. (*Se levanta.*) Si usted me dá su licencia...

Luciana. (Qué complaciente! Qué amable!...)
Dará usted luego una vuelta
por aquí?

Rodrigo. Sí, cara amiga.
(Mi corazon lo desea.)
Estoy á los piés de usted.

Luciana. Abur.

Nemesia. (Muerto está por ella.)

ESCENA III.

LUCIANA. NEMESIA.

Nemesia. Hay hombre mas obsequioso
que don Rodrigo? Este sí,
este sí que es todo un hombre;
y te haria muy feliz.

Luciana. (*Se levanta.*) Bien pudiera ser, Nemesia;
pero si él no piensa en mí...

Nemesia. No? Simplona! Yo jurára
que por tí se muere...

Luciana. Chit!...
De veras? En qué te fundas?
Nemesia. Yo tengo buena nariz;
y tantos obsequios...
Luciana. Pero...
Acaso te ha dicho á tí
que me ama?
Nemesia. No me lo ha dicho;
mas no dudo que algun fin
se propone... Esa amistad
puede muy bien encubrir
otra pasion mas ardiente.
Acaso con ese ardid...
Luciana. No pudiera declararse
si es cierto que me ama?
Nemesia. Sí;
pero tal vez su temor...
Luciana. Sería un temor pueril.
Presumes tú que por eso
cuando en la amorosa lid
pudiera triunfar... Nemesia,
enamorarse y sufrir,
y callar no se acostumbra
en este siglo. El mas ruin
de los hombres ya se tiene
por muy capaz de rendir
á la dama mas hermosa.
Nemesia. Sí, Luciana; será así;
pero un hombre de treinta años
que su sangre siente hervir
no es amigo, y solo amigo
de una muchacha gentil
con un cuerpo delicioso
y un rostro de serafin.
Luciana. Si me amase como dices
no podria consentir
dos rivales. Para cuándo
quieres que reserve, dí,
el declararme su amor,
si, viendo que está en un tris
el dar á otro mi mano
se lo guarda para sí?

No; tú te engañas. Su afecto
no ha traspasado el confin
de la amistad. Cuando supo
que estaba su primo aquí
vino un dia á visitarle...
sin ningun designio hostil;
ya ves, no me conocia...
Siempre apasionada fuí
de la música. Vió el piano
y un *aria* sobre el atril.
Me rogó que la cantase:
á sus ruegos accedí.
El canta tambien y toca
con perfeccion el violin.
Con tan plausible motivo
dió don Rodrigo en venir.—
El no es músico de aquellos,
como hay en la córte mil,
que abrir no saben la boca
si no hablan del do, re, mi.
Su conversacion es grata:
por lo que puedo advertir
no le disgusta la mia...
Simpatizamos en fin;
mas simpatía y amor
no se deben confundir,
porque el alma...

Nemesia. Lucianita,
mi ingenio es poco sutil
para entrar en argumentos;
mas no ves lo que yo ví,
porque estás encaprichada
en favor del malandrin
de don Torcuato.

Luciana. Y ahora
me quieres reconvenir
por eso cuando tú misma?...

Nemesia. Cuando mi auxilio le dí
parecia un corderito
que salia del redil,
mas se ha convertido luego
en uraño jabalí.

Luciana. Su genio me desespera.
Nemesia. Es capaz de consumir...
Ah! Qué polilla!
Luciana. Es verdad;
pero ya le he dado el sí,
y no me atrevo...
Nemesia. Pues bien;
yo que soy mas varonil
le daré carta de pago.
Luciana. No, no puedo consentir
tal ultraje. En qué me ofende?
Nemesia. Ahí es un grano de anís!
Tiene celos de su sombra:
nunca cesa de gruñir;
espiando siempre... Ese hombre
no es amante: es alguacil.
Luciana. Nemesia, el amor...
Nemesia. El suyo
no es amor, que es frenesí.
Luciana. Me llamará inconsecuente,
coqueta...
Nemesia. Y le has de sufrir
por temor?... Qué no te pone
como hoja de peregil
todos los dias?
Luciana. Nemesia,
qué desdichada nací!
Nemesia. Si tú te casas con él,
gran Dios, qué guerra civil!
Luciana. Y acaso con don Saturio
no seré mas infeliz?
Nemesia. Ni con uno ni con otro;
que mientras dure tu abril
no te han de faltar amantes.
Luciana. Y en tanto cómo salir
de este pantano? Si al menos...
Nemesia. Quién asoma por allí?—
Don Torcuato. Mala bomba!...
Lo que él tardará en reñir!
Mire usted qué cara trae.
Así pintan á Cain.

ESCENA IV.

LUCIANA. DON TORCUATO. NEMESIA.

Torcuat. Siento interrumpir á ustedes.
Si mi presencia incomoda...
Luciana. Qué dice usted? No señor.
Torcuat. No me gusta estar de sobra
en ninguna parte.
Luciana. Pero...
Torcuat. Lo cierto es que ustedes cortan
su conversacion al verme.
Luciana. El no hacerlo fuera poca
cortesía.
Torcuat. Mas amor
y no tantas ceremonias
quisiera yo.—De qué nacen
las miradas desdeñosas
que Nemesia me fulmina?
Nemesia. Siempre hemos de estar de gorja?
Luciana. Esa es aprension de usted.
Torcuat. Aprension! Y la zozobra
que advierto en ese semblante?
Niégueme usted...
Nemesia. Esa es otra!
Hoy viene usted muy fiscal.
Luciana. Nemesia!...
Nemesia. Si alguna mosca
fuera de aquí le ha picado,
no lo paguemos nosotras.
Torcuat. Si usted me hiciera la gracia
de dejarme hablar á solas
con Luciana...
Nemesia. No señor,
que no porque yo le oiga
pierde usted nada.
Luciana. No obstante,
porque no diga...
Nemesia. Hola, hola!
Echarme á mí! Sabe usted?...
Torcuat. Yo no lo mando, señora,...
lo suplico!—mas ya veo

que cuando usted se alborota
por algo será.

Luciana. Por Dios,
vete; no arme una camorra
por cosa que nada vale.

Nemesia. Ya me voy en paz y en gloria
de Dios; mas no porque usted,
señor mio, lo disponga,
sino porque así lo exige
mi señorita.

Torcuat. En buen hora.

Nemesia. Y por no decirle á usted,
con permiso de su novia,
que me cansa, y me fastidia,
y me enfada, y me encocora.

ESCENA V.

LUCIANA. DON TORCUATO.

Torcuat. Ya ve usted cómo me trata.
Sin duda esas alas toma
porque sabe ya que usted
me aborrece.

Luciana. No hay tal cosa.
Sabe usted que siempre ha sido
parlanchina y regañona.

Torcuat. Y si antes me protegia,
por qué me detesta ahora?

Luciana. La suspicacia de usted
esa mudanza ocasiona.

Torcuat. Mi suspicacia! Y acaso
no tengo razon de sobra
en que fundar mis recelos?
No ha venido de Segovia
don Saturio á desposarse
con usted? Es esto broma?

Luciana. Y acaso no sabe usted
que mi corazon le odia?

Torcuat. Pero vive en esta casa.

Luciana. Mi padre en ella le aloja.
Yo no tengo facultad

para enviarle á una fonda.
No hago poco en conseguir
que usted venga á todas horas
contra el gusto de mi padre.

Torcuat. Eso es en lengua española
decirme á mí que no vuelva.

Luciana. Hombre de Dios!... (Me sofoca.)
Quién dice tal ni lo piensa?

Torcuat. No es justo que usted se esponga
por mi causa...

Luciana. Qué porfía!

Torcuat. A un disgusto...

Luciana. Dale, bola!
El riesgo que puede haber
es lo que menos me importa.

Torcuat. Será así, pero...

Luciana. Otro pero?

Torcuat. Cómo es con tanta sorna
permanece en esta casa
el segoviano? Lisonjas,
coqueterías de usted
sus esperanzas apoyan.

Luciana. Al contrario. No le miro,
no le hablo sin hacer mofa
de su merced.

Torcuat. No lo creo;
pues ningun hombre soporta
que se mofen de él. Mil veces
tomado hubiera la posta...

Luciana. Y si él es tan majadero,
tan confiado, tan posma
como usted gruñon, sombrío,
caviloso,... ah! qué congoja!
tengo yo la culpa!

Torcuat. Cielos!
Será posible?... Mal haya, amen
mi carácter, mi... Perdona;
perdona, bien de mi vida.
La pasion que me devora...
No mas, no mas... Ese llanto
el corazon me destroza.
Serena tus bellos ojos.

Tu gracia de nuevo implora
este amante desdichado
que arrepentido se postra
á tus pies.

Luciana. Eso es peor.
Alce usted... Aquí fué Troya
si mi padre... Ya no lloro:
ya mi pecho se alboroza...
(Triste de mí!) Vamos!...

Torcuat. No.
No suelto tu mano hermosa
ni del suelo me levanto,
hasta que esa dulce boca
pronuncie el perdon que anhelo.

Luciana. Bien. Nunca fuí rencorosa.
Le perdono á usted.

Torcuat. No quieres
tutear á quien te adora?

Luciana. (Jesus! Jesus!) Bien, Torcuato.
Yo te perdono.

Torcuat. Ah! Tú colmas
mi dicha.

Luciana. Mas si otra vez
con sospechas injuriosas
me ofendes...

Torcuat. Por esos ojos
que el corazon me aprisionan,
te juro que de los celos
jamás la mortal ponzoña...
Qué papel es ese?

(*Luciana recoge el papel de música que estaba en el suelo.*)

Luciana. Nada...

Torcuat. No me lo ocultes, traidora.

Luciana. Lo oculto yo?

Torcuat. Algun billete
amoroso...

Luciana. Escrito en solfa?
Mira.

Torcuat. Dame.—Cavatina...
Pues malos lobos me coman
si no habia imaginado...

Luciana. Tú quieres volverme loca.
Torcuat. Pero esta música es nueva;
música que no se compra
en los almacenes... Quién
te la regaló?—Ya asoman
los colores á tu rostro.
Mi rival...
Luciana. No. Te equivocas.
Su primo...
Torcuat. Del mal el menos.
Mas sabiendo que me enojas
cuando cantas...
Luciana. No es estraño.
Si fuese yo *prima donna*...
Torcuat. Antes porque cantas bien
no quiero que nadie te oiga.
Luciana. Ni aun este gusto inocente
me permites?
Torcuat. Canta sola.
Luciana. Si el maestro...
Torcuat. Ponte mala.
Luciana. Si mi padre...
Torcuat. Ponte ronca.
Luciana. Esto es demasiado ya.
Usted de amarme blasona,
y quiere imponerme el yugo
de esclavitud afrentosa?
Dios eterno! Qué reserva
para un marido quien obra
cual tirano siendo amante?
Si quien dice que me adora
de esta manera me trata,
qué haria, Vírgen de Atocha,
si me aborreciese? Acaso
me ha comprado usté en Angola?
Si una se feria un vestido
ó lucir quiere una joya,
es delito; si á la calle
quiere salir, si se asoma
á la ventana, delito;
si calla, si habla, si toca,
si canta, si rie, en todo

es culpable, y nunca hay forma
de tenerle á usted contento.—
Yo soy mujer; no soy diosa.
No porque usted delirando
un mundo ideal se forja,
si Dios me hizo como soy
me he de convertir en otra.
Cuidado que no hay paciencia!...
Quiere usted que no se rompan
nuestras relaciones? Bien.
Deje de hacer la marmota;
acostúmbrese á nombrar
y á ver como son las cosas;
no llame á las cavatinas
epístolas amatorias,
y empiece á amarme una vez
como se ama á las personas.

Torcuat. Ah cruel! Si el dardo agudo
que el corazon me destroza...

Luciana. Oh!... No mas esclamaciones.
Ya tengo como una bomba
la cabeza. Por piedad
váyase usted, que ya es hora
de que despierte mi padre.

Torcuat. Eso mas? Usted me arroja
de su casa?

Luciana. Nada de eso.

Torcuat. Este es el premio que logra
mi pasion!

Luciana. Hombre, ó demonio!...

Torcuat. Siempre ha quebrado la soga
por lo mas delgado. Así
se desprecia, se baldona,
se asesina un hombre!... Vuelve,
vuelve la espalda. Hazte sorda
á mis clamores... Me voy,
me voy porque ya me ahoga
el despecho; mas te juro
que te ha de quedar memoria
de Torcuato. Adios, perjura!

Luciana. Dónde va usted? A la alcoba
de mi padre?

Torcuat. Por no verte
me iria á las Californias.

ESCENA VI.

LUCIANA.

Y yo he querido á ese hombre!
Y mi ventura se inmola!...
Ah! No. Primero casarme
con don Saturio... Estoy loca?
Yo dar mi mano á ese necio
que solo porque á su costa
me rio!... Triste de mí!
Nunca he pensado ser monja;
y no hay un ser racional
que me quiera para esposa!

ESCENA VII.

LUCIANA. DON SATURIO.

Saturio. Oh Luciana encantadora!
Qué haces tan solita aquí?
Sin duda pensando en mí...
Luciana. (Esto me faltaba ahora.)
Saturio. Déjate de esos desvelos;
y pues sabes mi pasion
no hiera tu corazon
el cuchillo de los celos.
Luciana. Celos!
Saturio. Sí, mi prenda, sí.
Luciana. No, mi prenda, no.
Saturio. Mejor.
Luciana. Celos suponen amor;
y no hay tal amor en mí.
Saturio. Pues! No el amor de una bestia,
furioso, desordenado,
sino un amor cimentado
en la cándida modestia:
amor puro, virginal,
que sin celos ni litigios

guarda todos sus prodigios,
para el lazo conyugal.

Luciana. Le digo á usted que es un sueño...

Saturio. Sueño! Tú me hablas de chanza.
No ha de darme confianza
ese semblante halagüeño?

Luciana. (*Se esfuerza en vano á ponerse seria.*)
Halagüeño? (Yo me rio
y lo echo á perder.)

Saturio. Oh cara!
Tu sonrisa me declara
que ese corazon es mio.

Luciana. Ni lo ha sido, ni lo es,
ni le será.

Saturio. Qué mentira!

Luciana. Me irrita usté.

Saturio. Oh! Tu ira
durará poco.—Lo ves? (*Se rie Luciana.*)
El iracundo entrecejo
sienta mal á una mujer.
Si te quieres convencer
ensáyalo en el espejo:
y al contrario la hermosura
adquiere mayor encanto
si la acompaña algun tanto
de esa amorosa dulzura.

Luciana. (Este hombre es incorregible.)

Saturio. Ni así... un poco de desden
á que tú me quieras bien
me parece incompatible.

Luciana. (*Muy airada.*)
Oh! No sabe usted que en vano
con su pretension me ostiga?
Será fuerza que lo diga
con un puñal en la mano?

Saturio. (*Riéndose.*) De veras?... Con qué donaire
se está fingiendo severa!
Pues no diria cualquiera
que me está haciendo un desaire?

Luciana. Se rie usted!

Saturio. No te asombres.
Quien te conoce y te ve...

Vamos; contigo seré
el mas feliz de los hombres.
(*Luciana va á retirarse y la detiene.*)
Eh! No te vayas tan pronto.
Eso es hacer el papel
muy á lo vivo, ¡cruel!

Luciana. Usted sí que hace el de tonto.

Saturio. Yo? Pues si aplaudo y admiro
ese envidiable gracejo!...

Luciana. Déjeme usted...

Saturio. No te dejo.

Luciana. Basta, bien; no me retiro,
pero suelte usted la mano.
(Quiero llevarle el humor;
que si le irrito es peor,
y mi padre... Ay Dios! En vano...)

Saturio. Suelto y callo, pues ya veo
que á fuer de casta doncella
me guardas tu mano bella
para el altar de Himeneo.
Allí gozosos los dos.
Oh inmensa felicidad!—
Tú serás fiel: no es verdad?

Luciana. Seré... lo que quiera Dios.

Saturio. Bien! Si yo de tí me fio,
á qué jurarme tu fé?
Oh! Nunca te celaré.
Tú en tu cuarto: yo en el mio.
Celos? Doy á Belcebú
una pasion tan villana.
Soy yo mucho hombre, Luciana,
para que me engañes tú.
Acaso por ser mas cautos
ganan mas esos maridos
impermeables, cosidos
eternamente á los autos?
No; yo te haré la justicia
que de tí tambien exijo.
Paz octaviana.—Y un hijo
cada año. Oh gloria! Oh delicia!
Criarlos es mucha brega;
mas yo á todo me convengo.

No te aflijas, que ya tengo
encargada una pasiega.

Ciriaco. (*Dentro.*) Luciana! Dónde te escondes?
Luciana!

Luciana. Aquí estoy, papá.

ESCENA VIII.

DON CIRIACO, LUCIANA, DON SATURIO.

Ciriaco. (*En mangas de camisa y con el pañuelo del cuello en la mano. El actor que ejecute este papel marcará con la accion las ideas que sus versos encierran, siempre que esto le sea posible. Por no multiplicar notas, dejamos á su eleccion la mayor parte de los gestos y actitudes qve haya de emplear al efecto.*)
Por mas gritos que uno dá...

Luciana. Pero...

Ciriaco. Por qué no respondes?—
Vaya; pónme la corbata,
que es mi mayor embarazo.
Jamás supe hacer un lazo.
(*Luciana prepara el pañuelo para ponérselo á su padre.*)
Oh yerno! De qué se trata?

Saturio. Recíproco amor proyecta
nuestra conyugal ventura.

Ciriaco. Lo celebro.

Saturio. Mi futura
quiere ser *plusquam perfecta.*

Ciriaco. (*Se sienta en un sillon.*)
No he tenido yo por cierto
tan buen rato. Oh qué sudores!
He soñado mil horrores.
Santo Dios! Si no despierto...
Aunque ha de moverte á risa
contártelo todo quiero.—
Qué haces? Levanta primero
el cuello de la camisa.—
Ya cansados y mohinos
de enredos y protocolos
echan á rodar los bolos
los belgas y sus vecinos.
Rompiendo por fin la valla

que trazó la conferencia,
la una y la otra potencia
se aprestan á la batalla.
El ejército prusiano
equipado á la ligera
atraviesa la frontera
por dar un golpe de mano.
El campo se ordena así.
(*Inclina todo el cuerpo, primero á la izquierda, luego á la derecha, y despues al frente.*)
A la izquierda los de Holanda;
los belgas á la otra banda,
y los prusianos allí.

Luciana. (*Todavía le está poniendo el pañuelo.*)
Qué inquietud! Esté usted quedo
si he de poner la corbata.

Ciriaco. Date prisa.—Vamos, ata...
Está ya?... Bien. Ah! Qué miedo!
(*Se levanta y bracea y gesticula sin cesar.*)
Por el frente y por la espalda
ya canta su triunfo el belga;
pero el holandés no huelga
y rompe un dique al Escalda.
Quien se atasca; quien se anega;
allá un caballo galopa;
allá nadando la tropa
al opuesto márgen llega.
Zis, zis, zas los escuadrones
por donde agua no corria;
pum, pum, pum la infantería;
pom, porrom, pom los cañones.
Ay! Ay! clama el moribundo.
A ellos, á ellos repetia
el vencedor... Parecia
que se desplomaba el mundo.—
Viene hácia mí un granadero,
hombre de seis piés, atroz,
gran bigote, horrenda voz...
Parecia un Cancervero.
Corria; volaba yo:
me agarra al volver un cerro;
(*Ase del cuello á don Saturio.*)

esclama: ríndete, perro...
y el susto me despertó.

Saturio. Pero mi cuello inocente,
que no es belga, ni holandés...

Ciriaco. No me olvido yo en un mes
del granadero insolente.
Fatal ha sido mi siesta.

Saturio. Oh! Pues yo bien he roncado.

Ciriaco. (*A Luciana.*) Oyes?... Tambien he soñado
que don Torcuato me apesta.

Luciana. Y yo qué culpa?...

Ciriaco. Ese mozo
nunca ha sido de mi gusto.
Tan uraño, tan adusto...

Luciana. Pero...

Ciriaco. Hablemos sin rebozo.
Yo sé que te ama.

Saturio. Qué escucho!

Ciriaco. (*A don Saturio.*)
Como tres y dos son cinco.
La mira con tal ahinco...

Saturio. De veras? Me alegro mucho.

Ciriaco. Bien por Dios! Con que tú...

Saturio. En vano
pretende usted que me enfade,
pues me gusta á mí, que agrade
á todo el género humano.

Ciriaco. Ya, pero si ella...

Luciana. Papá...

Ciriaco. Le corresponde...

Saturio. Qué error!
Verdad que no?

Luciana. No señor.

Saturio. Ya lo oye usted.

Ciriaco. Pero...

Saturio. Ba!

Ciriaco. Ello es que él la solicita;
y, favorecido ó no,
un rival...

Saturio. Dale! Si yo...

Ciriaco. Es incómoda visita.
Hacerle un desaire siento,

mas porque historias no haya
será fuerza que se vaya...

Saturio. No se irá: no lo consiento.
Dónde hay cosa mas insulsa
que un amante sin rival?
Puedo yo tomar á mal
que él se esponga á una repulsa?
Luciana me adora; sí.
Me lo juraba no há mucho;
y semejante avechucho
me ha de dar celos á mí?

Ciriaco. Bien, hombre: no te alborotes.

Saturio. Vengo yo de algun establo?
Vaya! Darle al pobre diablo
con la puerta en los bigotes!

Luciana. No es del caso esa porfía.
Ya se fué con mil y mas
para no volver jamás.

Ciriaco. Eso es lo que yo queria.

Saturio. Cómo! Le habrás maltratado
solo por guardarme fé.

Luciana. Lo que le he dicho no sé,
mas su genio...

Saturio. Ay desdichado!
Despedirle así!

Luciana. No tal.
Yo...

Saturio. Qué crueldad! Dónde estamos?
Y él que es tan sensible... Vamos;
se va á tirar al canal.

Ciriaco. No será tan insensato.

Saturio. Oh! como él dé en un capricho...
Señor! Para haberle dicho:
«Perdone usted, don Torcuato.
Me honra usted con ser mi amante,
pero estoy comprometida.
Otro es dueño de mi vida...»
O así... cosa semejante.
«Sin embargo, hasta la muerte
téngame usted por su amiga,
que la gratitud me obliga
á proceder de esta suerte.»—

Pero iracunda y cruel
plantarle en la calle... Eh! Quita!—
Mira: pónle una esquelita
y disculpate con él.

Ciriaco. Hombre! Hombre!

Luciana. Usted merecia
que yo le diera ese gusto.

Saturio. Pero te parece justo?...

Luciana. Oh qué cansada porfia!

Saturio. Con justa razon dirá
que le han tendido una red
para...

Luciana. Permítame usted
que me retire, papa.

ESCENA IX.

DON CIRIACO. DON SATURIO.

Saturio. Lo está usted viendo? Se pica
porque censuro el mal trato
que le ha dado á don Torcuato.
Qué pasion la de esa chica!

Ciriaco. Bien: tú has de ser su marido,
y pues á todo se allana,
tu amor;... pero está mañana...

Saturio. Qué?

Ciriaco. Se hablaron al oido.

Saturio. Y qué?

Ciriaco. Con mucha frecuencia
viene á casa ese mancebo.

Saturio. Y qué?

Ciriaco. Ocultarte no debo
que él tiene buena presencia.

Saturio. Vamos; y qué?

Ciriaco. Nada sé
de positivo. No obstante,
quitándolo de delante...

Saturio. Ah! qué pobre hombre es usté!

Ciriaco. Ya.

Saturio. Solo por la manía
en que usted sin causa ha dado,

yo le enviaré un recado,
ya que ella no se lo envia.

Ciriaco. Bien, hombre! Yo, sí advertí...

Saturio. Sé lo que vale mi bella.

Ciriaco. No dudo...

Saturio. Respondo de ella;...
y sobre todo de mí. (*Mira su reloj.*)
Pero son las seis y media,
y tengo mucho que hacer.
Don Ciriaco, hasta mas ver.—
Hoy se estrena mi comedia...

Ciriaco. Saldremos juntos los dos.
Yo he de hacer una visita...

Saturio. Bien.

Ciriaco. Me pondré la levita...
(*La toma de sobre una silla y se la pone.*

Saturio. Despáchese usted por Dios.

Ciriaco. Salió en el ensayo bien?

Saturio. Sí tal: á pedir de boca.

Ciriaco. Bravo!

Saturio. La dama está loca.

Ciriaco. Oigan!

Saturio. Y el barba tambien.

Ciriaco. Dí á los actores...

Saturio. Qué flema!

Ciriaco. Que no accionen demasiado.
Jesus! Salgo mareado,
cuando dán en esa tema.

Saturio. Oh! Sí. Y usted que es tan parco...

Ciriaco. Bueno es que tú les recuerdes...
(*Acompaña con la accion todas las palabras de estos versos y de los otros dos que mas adelante están de letra cursiva.*)
Entre dos álamos verdes
que juntos forman un arco...
Asimismo como soy
(*Yendo á tomar el sombrero.*)
Ciriaco, representaba
cierto actor que fastidiaba...

Saturio. Ya no hay paciencia... Me voy.

ESCENA X.

DON CIRIACO. (*Vuelve con el sombrero puesto, y no advierte que se ha ido don Saturio.*)

Cuidado que era trabajo
el ver!... Ahora entra el busilis.—
Por no despertar á Filis
pasa silencioso el Tajo.
(*Viendo que está solo.*)
Calla! Se ha ido? Me alegro!
Qué desatencion! Qué audacia!
Oh! Como él dé en esa gracia,
pronto se queda sin suegro.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

NEMESIA.

Señorita!... Hace un instante
que la dejé en el balcon.
Se habrá ido?—Señorita!...
Dicho y hecho: se marchó.
Cómo ha sabido guardarme
las vueltas!—Válgame Dios!
Mi autoridad se atropella.
Mucho declinando voy.
Se emancipa don Ciriaco,
y ya va dando en la flor
de imitarle Lucianita.
La casa está en rebelion.
Plantarme de esta manera!
Dejarme sola! Qué horror!
A toda una ama de llaves,
á una mujer de mi pró!...
Aprended, flores, de mí,
lo que va de ayer á hoy.
Un tiempo me obedecia
como la oveja al pastor,
mas ¡ay! ya va conociendo
que tiene uso de razon.
Ya aspira á romper el yugo
que quiero imponerla yo;
y una vez con dulce flecha
herido su corazon,
despreciará mis consejos
por seguir los del amor.—

Aprended, flores, de mí,
lo que va de ayer á hoy.
Tantos años sometido
á mi alta jurisdiccion,
nada hacia don Ciriaco
sin permitírselo yo.
Como el cuitado no tiene
todo lo de Salomon,
se esforzaba mi talento
á discurrir por los dos;
y ahora en la misma casa
que entronizada me vió,
ultrajada, indefinida
no tengo voto ni voz.—
Aprended, flores, de mí,
lo que va de ayer á hoy.
De dónde viene mi mengua?
Será que el tiempo veloz
las flores de mi hermosura
en abrojos convirtió?—
Y es mas jóven por ventura
ese bendito varon?
Se adelanta mas que el suyo
mi desdichado reloj?
Ay triste de mí! Yo creo
que se han parado los dos.
Aprended, flores, de mí,
lo que va de ayer á hoy.

ESCENA II.

DON RODRIGO. NEMESIA.

Rodrigo. (No la veo.)—Cómo
así tan sola?—Se ha levantado
mi primo?
Nemesia. Y aun se ha marchado.
Rodrigo. Tambien don Ciriaco?
Nemesia. Sí.
Rodrigo. Bien.
Nemesia. No hay mas que preguntar?
Rodrigo. Ah! Sí... Lucianita bella...

Nemesia. Si está usted muerto por ella
qué vale disimular?
Rodrigo. Yo...
Nemesia. Sí, sí: estoy en mis trece.
Rodrigo. Me hará usted creer, señora,
que mi corazon la adora;
y esto...
Nemesia. Qué! No lo merece?
Don Rodrigo, don Rodrigo!
Ya de la infancia salí.
La que se me escape á mí...
Rodrigo. Solo en calidad de amigo...
Nemesia. Oh! Ya es esto inaguantable.
Deje usted ese estribillo,
que ha de darme un tabardillo
con su amistad perdurable.
Eh! Fíese usted de mí.
Hable usted. Segun las trazas
si usted lleva calabazas,
que me las claven aquí.
(*Con el dedo en la frente.*)
La que mata á usted de amores
y le cautiva y le abrasa
está ahí al lado, en la casa
de su amiguita Dolores.
La llamaré...
Rodrigo. Nada de eso.
No la quiero incomodar.
Nemesia. Yo sé que se ha de alegrar.
Rodrigo. Oh! No. Seria un esceso...
Nemesia. Pero, señor, yo pregunto:
qué temor?...
Rodrigo. La envidia muerde...
Nemesia. Bien, bien. Usted se lo pierde.
No se hable mas del asunto.
Rodrigo. (Su curiosidad castigo.)
Nemesia. (Sin duda en mí no confia
y es inútil mi porfia.
Vaya, que el tal don Rodrigo!...
Parece que en el complot
se propone entrar tambien
para destronarme.)

Rodrigo. (*Ha tomado un libro.*)
Bien:
una novela de Scot. (*Se sienta.*)
Nemesia. Va usted á leer?
Rodrigo. Sí señora.
Nemesia. (Ya tus intenciones veo.)
No sale usted á paseo?
Las siete y media. Ya es hora.
Rodrigo. La incomodo á usted?
Nemesia. No tal.
Cómo es posible que á mí...
Pero estraño mucho...
Rodrigo. Aquí
corre un fresco celestial.
Nemesia. El Prado estará mejor;
y ahora que el sol no molesta...
Rodrigo. Prado; y en dia de fiesta!
No lo nombre usted. Qué horror!
Quién tal gentio tolera,
tanto polvo y confusion,
tanto y tan rudo apreton,
tanta cara dominguera?
Dios nos libre. En esta silla
prefiero esperar leyendo
á mi primo, sin estruendo,
sin polvo...
Nemesia. Al primo! Esa es grilla.
Rodrigo. Cómo!...
Nemesia. Acaso yo me mamo
el dedo? A mi señorita
espera usted. Ya me irrita...
Rodrigo. Bien si usted se empeña...
Nemesia. El amo.

ESCENA III.

DON RODRIGO. DON CIRIACO. NEMESIA.

Ciriaco. Oh don Rodrigo!
Rodrigo. (*Deja el libro y se levanta.*)
Señor
don Ciriaco!

Ciriaco. Cómo va?
Rodrigo. Perfectamente. Y usted?
Bueno?
Ciriaco. Sí; no hay novedad.
Solito aquí con Nemesia!
La quiere usted cortejar?
Rodrigo. Leyendo estaba...
Ciriaco. Ya veo
que fuera mucha bondad
á una mujer de sus años
hacer la córte.
Rodrigo. No tal.
Nemesia...
Ciriaco. No está la pobre
para esas empresas ya.
Nemesia. Mire usted quien se lo dice!
Un inútil carcamal...
Ciriaco. Allá nos vamos los dos.
Nemesia. Usted tiene mas edad
que yo.
Ciriaco. Cierto; pero al cabo
dos ó tres años de mas
ó de menos...
Nemesia. Al señor
poco le debe importar
nuestra fecha.
Ciriaco. Ya es antigua.
Nemesia. Es falta de urbanidad...
Ciriaco. Yo me acuerdo, y tú tambien,
del terremoto de Orán.
Nemesia. Se engaña usted.
Ciriaco. No por cierto.
Nemesia. Usted me quiere insultar.
Ciriaco. No, mujer. Yo no te agravio
por decirte la verdad.
Rodrigo. Don Ciriaco se chancea.
No lo tome usted á mal.
Nemesia. Yo no gusto de esas chanzas.
Ciriaco. Eh!...
Nemesia. No me haga usted hablar,
porque diré atrocidades.
Rodrigo. Vamos, vamos; haya paz.

Qué diablos?... El tiempo vuela
sin volver la cara atrás...
Oh! Y lo que es esta señora,
seamos justos, está
fresca y ágil todavía.

Nemesia. Mil gracias. (Es muy galan,
muy cortesano: eso sí.)

Rodrigo. Yo no sé los que tendrá,
pero apenas representa
cuarenta años.

Ciriaco. Tiene mas.

Nemesia. Oh que hombre!

Ciriaco. Yo diré á usted.
Treinta y tres del siglo actual.
Ella nació...

Nemesia. Se prepara (*Interrumpiéndole.*)
el baño?

Ciriaco. Sí.

Nemesia. (De alquitran
habia de ser.)

Ciriaco. Cincuenta,
cincuenta y cuatro... Cabal.
Cincuenta y cuatro ha cumplido
la víspera de San Juan.

Nemesia. Oh!... (Cuando le pille á solas
bien me las ha de pagar.)

ESCENA IV.

DON CIRIACO. DON RODRIGO.

Ciriaco. Que nunca quieran ser viejas
las mujeres! Fuerte afan!...

Rodrigo. Eh! Qué importa?...

Ciriaco. Sabe usted
que hace un calor infernal?
Hoy el termómetro sube
á treinta grados y mas.
Usted no pasea?

Rodrigo. No.
Espero á mi primo...

Ciriaco. Ya.

Bien hecho. Pues yo que vengo
desde la calle Imperial...
Ya se vé, las pretensiones
de mi hermano Baltasar
el brigadier... Santo Dios!
Me tiene hecho un azacan.
Ya sabe usted que pretende
el gobierno militar
de...

Rodrigo. Sí señor. (Dios me asista.)

Ciriaco. Y el grado de mariscal
de campo.—Como él no puede
sin real licencia mudar
de domicilio, y las cartas
tardan una eternidad,
me ha endosado la incumbencia
de andar de aquí para allá,
á Palacio, al ministerio,
á la inspeccion general...
Por fin no va mal la cosa.
Ello sí, me hacen sudar,
pero creo que el gobierno
para mi hermano será.

Rodrigo. Lo celebraré infinito.

Ciriaco. Ahora acabo de entregar
al ministro de la guerra
el último memorial.

Rodrigo. Me alegro.

Ciriaco. Como yo escribo
con tanta velocidad,
lo puse en cuatro minutos.
Dice así: «Don Baltasar

(*Como maquinalmente figura escribir en el pecho de don Rodrigo lo que va relatando.*)

Villalonga, brigadier...
et cætera. Con la mas
profunda veneracion
á vuestra real Magestad
dice: que habiendo obtenido
por gracia particular
el empleo de cadete
á los veinte años de edad,

pasó como abanderado
al reino de Portugal
año de mil setecientos...»

Rodrigo. Don Ciriaco, por piedad...

Ciriaco. Aquí traslado su hoja
de servicios de pe á pa.—
«En atencion á lo espuesto,
á su mucha antigüedad
y á sus honrosas heridas...»

Rodrigo. (Ay! Tambien las va á copiar
en mi pecho!)

Ciriaco. «Y al atraso
que esperimentando está
en su carrera...»

Rodrigo. (Yo muero.)

Ciriaco. «A vuestra real Magestad
humildemente suplica...»

Rodrigo. Ya, ya infiero lo demás.

Ciriaco. «Le nombre gobernador
del castillo y la ciudad
de...»

ESCENA V.

DON CIRIACO. DON RODRIGO. NEMESIA.

Nemesia. Señor...

Ciriaco. Qué hay?

Rodrigo. (Respiremos.)

Nemesia. Ya está el baño.

Ciriaco. Voy allá.

Rodrigo. (Gracias al cielo!...)

ESCENA VI.

DON CIRIACO. DON RODRIGO.

Ciriaco. (*Volviendo á la accion de antes.*)
«Vacante
por muerte de don Beltran...»

Rodrigo. (Ah verdugo!)

Ciriaco. El apellido

no recuerdo. Voto va!...
«Dominguez. Gracia que espera
de la notoria bondad
de tan amado monarca,
cuya... *et cætera.* Alcaráz
siete de agosto de mil
ochocientos...»

Rodrigo. Está ya?

Ciriaco. «Treinta y tres.»

Rodrigo. Oh! Ni aun la fecha
me quiere usted perdonar?

Ciriaco. Ya he concluido.

Rodrigo. Me alegro.
(*Toma tierra del suelo y se la echa sobre el pecho.*)

Ciriaco. El rey lo recibirá...
Qué hace usted?

Rodrigo. Estoy echando
arenilla al memorial.

Ciriaco. (*Riéndose.*) Vaya, que este don Rodrigo
es gracioso si los hay.—
Mucho tarda don Saturio,
y bien pudiera...

Rodrigo. El vendrá.

Ciriaco. Le haria á usted compañía,
pero tengo que tomar
el baño...

Rodrigo. Sí; vaya usted.
No permite mi amistad
que se incomode...

Ciriaco. Luciana
ha pasado á visitar
á su amiga. Quiere usted
que mande á llamarla? Juan!...

Rodrigo. No. Para qué? Yo no soy
de cumplimiento.

Ciriaco. (*Se acerca mucho á don Rodrigo.*)
Qué tal?
No es buena boda?

Rodrigo. En efecto...

Ciriaco. El buen don Saturio está
muy contento de su novia.

Rodrigo. No seria racional

si no lo estuviera.

Ciriaco. (*Asiendo una punta del pañuelo del cuello de don Rodrigo, y moviéndola en todas direcciones hasta que desata el nudo.*)

Yo,...
hablemos con claridad,
conozco que á la muchacha,
como dice aquel refran,
no la ha entrado por el ojo
derecho; y á la verdad
no lo estraño, don Rodrigo,
porque es tan original
ese hombre, tan petulante...
Usted me ha de perdonar.
Siendo su primo no es justo...
Cierto es que su probidad,
su ilustre cuna, sus prendas
deben hacer olvidar
sus defectos... Ay, amigo!

(*Va á atarse el pañuelo don Rodrigo y le toma la mano don Ciriaco.*)

Mi ternura paternal...

Rodrigo. (Paciencia.)

Ciriaco. Solo desea
labrar la felicidad
de Luciana.

Rodrigo. No lo dudo.

Ciriaco. Hay de por medio un galan
que la pretende.

Rodrigo. Ya sé:
don Torcuato.

Ciriaco. (*Sobando á don Rodrigo le va quitando uno por uno los botones del chaleco.*)

Y qué tenaz
es el hombre! Conociendo
que prefiero á su rival,
no desiste...

Rodrigo. Desistir?
Yo sé de cuánto es capaz
un hombre cuando se empeña
en moler y dislocar
al prójimo.

Ciriaco. Lucianita
le ha tenido voluntad;
pero sea que aquel genio
caviloso y suspicaz
ya la fastidie, ó que al fin
mi paterna autoridad
haya vencido...

Rodrigo. Pero, hombre...
Si yo no me he de bañar...

Ciriaco. (*Sin darse por entendido.*)
Yo quisiera, porque soy
muy amante de la paz,
poder conciliar su gusto
con el mio.

Rodrigo. Es natural.

Ciriaco. Mas los jóvenes del dia...
Echese usted á buscar
un yerno donde hay tan pocos
que al lazo matrimonial
(*Acabando de desabrocharle.*)
no tengan antipatía.

Rodrigo. (*Con fervor.*) Ah! No señor. La beldad
de Lucianita, su gracia
y aquel genio angelical
tanta ventura prometen
á quien la lleve al altar,
que el hombre mas enemigo
de la coyunda nupcial
suspiraria...

Ciriaco. (*Mirando su reloj.*) Qué tarde!
El baño se va á enfriar.—
Abur, abur. Hasta luego.

ESCENA VII.

DON RODRIGO.

(*Un criado trae luces y se retira.*)
Oh!... Llévete Barrabás.
Me está diciendo sandeces
una hora el animal;
me manotea; me pone

mas blando que un cordoban;
al fin logro meter baza;
me resuelvo á declarar
mi amor á su hija, y me vuelve
las espaldas! Voto á San!...
(*Componiéndose el pañuelo y abrochándose el chaleco.*)
Lindo me ha puesto! Si dura
el coloquio un poco mas,
no hay recurso, me convierte
en viva efigie de Adan.

ESCENA VIII.

DON SATURIO. DON RODRIGO.

Saturio. Oh primo! Tú por aquí.
Rodrigo. Sí.
Saturio. Me has venido á buscar
tal vez para pasear
juntos esta noche?
Rodrigo. Sí.
Saturio. Perdóname, que por hoy
no te puedo acompañar.
Rodrigo. Por qué?
Saturio. Se va á ejecutar
mi comedia; y, ya ves, voy...
Rodrigo. Es cierto?
Saturio. Sí. Palco y coche
tengo á tu disposicion.
Rodrigo. Esta noche es la funcion?
Saturio. Sí.
Rodrigo. Te silban esta noche.
Saturio. Qué bobada! Cuando yo
la hago poner en escena...
El barba la dió por buena,
y el consueta le apoyó.
Su mérito literario
reconoce el maquinista.
No hay otra mejor en lista.—
Me lo ha dicho el empresario.
Rodrigo. Si de balde se la diste,
no es mucho...

Saturio. Soy yo venal?
No pido por ella un real
aunque está llena de chiste.
Rodrigo. Ya.
Saturio. Para evitar las trabas
que han sufrido mas de cuatro,
antes de darla al teatro
me agarré á buenas aldabas.
Rodrigo. Tanta recomendacion,
yo la verdad no te callo,
no te asegura que el fallo
del auditorio burlon...
Saturio. Me aplaudirá.
Rodrigo. Quién lo dice?
Saturio. Yo.
Rodrigo. Cuando lo dices tú...
Saturio. Ya prevengo un *ambigú*
que mi triunfo solemnice.
Rodrigo. Cómo puedes recrearte
con semejante quimera,
si no conoces siquiera
los rudimentos del arte?
Ah! Si Dios no lo remedia...
Saturio. No estudié, pese á tu casta,
gramática?...
Rodrigo. Y eso basta
para hacer una comedia?
Saturio. Basta y sobra; y yo no aguanto
que un primo...
Rodrigo. No te acalores.
Saturio. En la córte hay escritores
que no saben otro tanto.
Rodrigo. Así son ellos.
Saturio. Y en fin,
mi talento nada escaso
puede... Se escriben acaso
las comedias en latin?
Rodrigo. No, primo querido: mas...
Saturio. Todos alaban la mia.
Rodrigo. Algunos por cortesía
y por mofa los demás.
Saturio. Se han de gozar en mi daño

los que mi genio estimulan?
Rodrigo. Dí mas bien los que te adulan.
Saturio. Y tú...
Rodrigo. Yo te desengaño.
Saturio. Pues con eso nada alcanzas;
no. Por mucho que me digas...
Rodrigo. Claro está; tú no mendigas
consejos, sino alabanzas.
Saturio. Yo he de brillar en la córte
aunque de envidia te peles,
y ofreceré mis laureles
á los pies de mi consorte.
Rodrigo. Aunque digan lo contrario
barba, galan y consueta,
tú no has nacido poeta;
y es designio temerario...
Saturio. Cómo! tú has perdido el seso.
Poeta? Estraño capricho!
Que no soy poeta has dicho?
Bien. Qué tenemos con eso?
Tú de la misa la media
no sabes. Hace en el dia
gran falta la poesía
para urdir una comedia?
Soy yo algun zote, algun bobo?
Yo he leido á *Cañizares*,
á *Arellano*, *Valladares*,
Comella y *Gerardo Lobo*.
Comprendo como el primero
el arte, y sin mucho afan:—
como que he sido galan
en un teatro casero.
Sé muy bien que una comedia
con bodas ha de acabar,
y á lo sumo ha de durar
dos horas ó dos y media.
Sé que en actos se divide,
y los actos en escenas,
y que al fin como á un Mecenas
perdon al pueblo se pide.
Sé que el escritor novel
por temor de una derrota

se anuncia con una nota
que ocupa medio cartel.
Me he suscrito esta semana
á la *Revista*, al *Diario*,...
y he comprado el Diccionario
de la lengua castellana.
Pues qué me falta en rigor
de cuanto se pide á un hombre
para aspirar al renombre
de dramático escritor?
Ser poeta? Qué locura!
Dime tú, la mayor parte
de los que ejercen el arte
son poetas por ventura?
Solo de Talía al solio
un poeta ha de aspirar?
No, no es posible aguantar
tan horrible monopolio.
Fuera mucha tiranía
que tres autores ó cuatro...
Vaya! Una cosa es teatro,
y otra cosa es poesía.

Rodrigo. Inútil es porfiar
con hombre tan mentecato.

Saturio. Cómo!... Aquí está don Torcuato.
El dirá si es regular...

ESCENA IX.

DON SATURIO. DON RODRIGO. DON TORCUATO.

Rodrigo. No te canses. Para qué,
si yo la palma te cedo?—
(Otro estorbo. Ya no puedo
verla á solas.—Volveré.)
(*Se retira saludando á don Torcuato.*)

ESCENA X.

DON SATURIO. DON TORCUATO.

Torcuat. Aquí me tiene usted ya,
señor mio.

Saturio. Ah! Bien. Me alegro.
Habrá recibido usted
un recado...
Torcuat. Con efecto;
y aunque el lugar de la cita
es muy estraño por cierto...
Saturio. Qué dice usted?
Torcuat. No reparo
cuando se trata de un duelo...
Saturio. Hombre! Yo...
Torcuat. Pocas palabras.
El sitio; la hora. Presto.
Saturio. Oiga usted...
Torcuat. A mi me toca
elegir las armas.
Saturio. Pero...
Torcuat. El florete, ó la pistola:
á eleccion de usted lo dejo.
Saturio. Pero quién, hombre de Dios,
quién ha dicho que mi objeto...
Torcuat. Cuál puede ser? No es usted
mi rival? No es caballero?
Yo amo á Luciana; la adoro;
la idolatro: no lo niego;
usted la adora tambien:
debo pensarlo á lo menos;
usted no renuncia á ella;
yo tampoco; y este pleito
solo puede sentenciarse
con el plomo ó con el hierro.
Saturio. Si no hay tal pleito, señor!
Yo soy absoluto dueño
del corazon de Luciana.
Si á usted le quiso algun tiempo,
ahora yo solo soy
el blanco de sus deseos.
Qué se ha de hacer? Son vaivenes
de la fortuna. Y por eso
se han de matar dos hidalgos?
Soy sensible; lo confieso;
sé lo que es una pasion,
y de usted me compadezco.

Torcuat. Eh! Nada de compasiones.
Un balazo es lo que quiero.
Saturio. Vaya, usted no está en su juicio.
Yo que de veras le aprecio...
Torcuat. Don Saturio!...
Saturio. Le he llamado
para darle un buen consejo.
Procure usted dominar
ese desgraciado afecto.
No ve usted, santo varon,
que si muestra sentimiento
por el desden de Luciana
hace mayor mi trofeo
y halaga su vanidad?
No ve usted que el bello sexo?...
Torcuat. Oh!... Yo no he venido aqui
á escuchar razonamientos
de moral.
Saturio. Nada. Usted debe
manifestarse muy fresco...
Torcuat. Fresco! Fácil es decirlo.
Sabe usted que estoy ardiendo?
Saturio. Mal hecho. Yo bien conozco
que ha sido mucho el desprecio
con que le ha tratado á usted
Lucianita.
Torcuat. Eso no es cierto.
Yo...
Saturio. De qué sirve negarlo?
Yo soy justo. No lo apruebo.
Vaya! Tratar de esa suerte
á un escelente sugeto,
á un!...
Torcuat. Mi paciencia se apura.
Charlatan de los infiernos,
yo he venido...
Saturio. Ya se ve;
tambien tiene usted un genio...
Cachaza, cachaza, amigo.
Torcuat. (No sé cómo me contengo.)
Saturio. Ella está muerta por mí:
eso lo conoce un ciego;

mas bien pudiera quererme
sin hacer esos estremos;
sin desesperarle á usted,
y echarle un dogal al cuello,
y abismarle...

Torcuat. Voto á brios!...

Saturio. Yo que de justo me precio
la he reprendido, y no dudo
que ha de hacer muy buen efecto
mi sermon. La pobrecilla
me ama tanto...

Torcuat. (Yo reviento.)

Saturio. Nada! Usted no dé su brazo
á torcer. Siga viniendo...
Háblela usted como amigo.
Diga usted que han sido un juego,
una chanza sus amores.
Así se pone á cubierto
el amor propio, y en fin...

Torcuat. (Le voy á ahogar...)

(*Se adelanta hácia don Saturio cor los brazos levantados en actitud de maltratarle: don Saturio cree que le va á abrazar y le estrecha fuertemente en los suyos quitándole la accion.*)

Saturio. Bueno! Bueno!
Un abrazo! Bravo! Amigos
hasta morir.

Torcuat. (*Pugnando por desprenderse.*)
Oh! Primero...

ESCENA XI.

DON SATURIO. LUCIANA. DON TORCUATO.

Luciana. Cómo! Abrazados los dos...

(*Al llegar Luciana se separa don Saturio de don Torcuato.*)

Torcuat. (Luciana!)

Luciana. Mucho me alegro...

Saturio. Sí; no podias venir,
prenda mia, á mejor tiempo.
El amable don Torcuato

reconoce mis derechos,
y nuestra mútua amistad
será de hoy mas el modelo...

Torcuat. Señora, yo... (Loco está;
mas loco que yo.) Protesto...

Saturio. Ahora bien, haced vosotros
las paces: solos os dejo.
Quiero que seais amigos,
ya que el lazo de Himeneo
no os puede unir, pues yo solo
de ese corazon soy dueño.—
Voy á escribir una carta;
cuatro líneas: pronto vuelvo.—
(*A Luciana.*)
Tú te ries? Bien; lo aplaudo.—
(*A don Torcuato.*)
Usted tambien? Lo celebro.—
Cuánto va á que quiere usted
ser mi padrino?—Lo acepto.

ESCENA XII.

LUCIANA. DON TORCUATO.

Torcuat. Y yo rio; yo que tengo
en la garganta un cordel!

Luciana. Es posible no reirse
de semejante sandez?

Torcuat. Cuando él habla de ese modo
alguno le apoya...

Luciana. Quién?
No le he dicho á usted mil veces
que no le puedo querer?

Torcuat. Ya. Con decírmelo á mí...

Luciana. Yo nunca le he dado pie
para que objeto se crea
de mi cariño; antes bien
si tuviera entendimiento...
Aun me va á comprometer
mi padre á alguna locura.

Torcuat. Es la locura tal vez
el premiar mi tierno amor;

el ser mi esposa...
Luciana. No sé.
Torcuat. Ah ingrata!
Luciana. Yo no decia...
Torcuat. No se me oculta la hiel
de tus palabras.
Luciana. Volvemos
á la de antes?
Tarcuat. Ya no hay fé;
no hay virtud en las mujeres.
La que parece mas fiel...
Luciana. Si usted me dejára hablar
ya le hubiera dicho...
Torcuat. Qué?
Luciana. Que con ostigarme tanto,
lejos de hacerme ceder,
convierte en valor mi padre
mi natural timidez;
que ha llegado ya á su colmo
el odio que tengo...
Torcuat. A quién?
A mí?
Luciana. No, no. A don Saturio;
y encerrada moriré
en un convento primero
que desposarme con él.
Torcuat. Oh ventura! Yo he vencido.
No me cambio por un rey.
Yo solo...
Luciana. He dicho yo acaso
que el preferido es usted?
Torcuat. Cómo! Algun rival oculto
me disputa el dulce bien
que mi corazon anhela?
Luciana. Sí señor.
Torcuat. Quién es? Quién es?
Dílo, y mi furor...
Luciana. No es hombre.
Torcuat. No es hombre!—Es quizá mujer?
Luciana. Es ese infame carácter;
ese genio de Luzbel
que le hace á usted insufrible.

Torcuat. Ah! Sí. Maldecido, amen,
sea yo si á impacientarte
vuelve mi genio otra vez.
Luciana. Necia seré si tal creo.
Torcuat. Oh! No. Mírame á tus piés...

ESCENA XIII.

LUCIANA. DON TORCUATO. DON SATURIO *con una pluma en la mano.*

Saturio. Bravo! Muy bien!—Quieto, quieto.
Torcuat. Sí, sí: quieto me estaré.
Saturio. Nunca está mejor el diablo
que á los piés de san Miguel.—
Ah fiera! Aun no le perdonas?
Puede hacer mas? Ya le ves.
Infeliz!—Dale la mano.
Luciana. Yo...
Saturio. Dásela.—No por él,
sino por mí.
Luciana. Si es forzoso...
(Qué necio!) Tómela usted.
Saturio. Arriba! Un ósculo ahora
de amistad. Eh? Bien; muy bien.
(*Don Torcuato besa la mano á Luciana.*)

ESCENA XIV.

LUCIANA. DON TORCUATO.

Torcuat. Ah Luciana! Esa fineza
me ha colmado de placer.
Luciana. Dele usted á don Saturio
las gracias; no á mí.
Torcuat. Cruel,
solo por atormentarme
me niegas el interés
que tu corazon...
Luciana. Confieso
que en el confuso tropel
de afectos que me domina

no me puedo comprender
á mí misma.

Torcuat. Eso es decir
con amable sencillez
que es usted una coqueta.

Luciana. Bien pudiera suceder
que á pesar mio lo fuese.

Torcuat. Sí?

Luciana. Con hombres como usted
de ser víctima ó coqueta
no se exime una mujer.

Torcuat. Ah! No seas ni uno ni otro.
Sé mi único dueño, sé
la delicia de mi vida.
Seré humilde como Abél,
tierno, dócil, confiado...
Lo que tú quieras seré.

Luciana. (Pobre Torcuato! Me adora
á pesar de mi desden.—
(*Le mira sonriéndose.*)
Ah! Cuando dá en ser amable,
quién es mas amable que él?)

Torcuat. Callas! Me miras! Te ries!
no me queda mas que ver.
Ya soy objeto de mofa
para tí. Digna merced
de mi ardiente amor! Oh cielos!
Al fin la venda rompeis
que me cegaba.

Luciana. Esta es otra!
Si, al contrario...

Torcuat. Buen papel
estoy haciendo!

Luciana. Torcuato!

Torcuat. Tanta es mi ridiculez,
que solo soy á tus ojos
un payaso de entremés?

Luciana. Oigame usted...

Torcuat. Qué he de oir?
Oh vergüenza! A dónde iré,
triste juguete, ludibrio
miserable...

Luciana. Yo...
Torcuat. Deten;
deten la lengua, perjura.
Luciana. (Ah maldito de cocer!)
Torcuat. Adios, adios. Yo te juro
por lo mas sagrado...

ESCENA XV.

LUCIANA. DON TORCUATO. DON SATURIO.

Saturio. Eh!
(*Deteniéndole. Luciana se sienta aburrida.*)
Dónde va usted tan de prisa?
Esta noche se va á hacer
mi comedia, y tengo palco:
con que...
Torcuat. Mal horno de pez
para el palco, y la comedia,
y para el autor tambien.
Saturio. Cómo!...
Luciana. Por Dios, don Saturio!
(Esta casa es un babel.)
Déjele usted que se vaya
y no vuelva.
Torcuat. Volveré.
Sí; que á mí no se me trata
como á un hombre de la hez
del pueblo; y nos han de oir
los sordos...
Saturio. Dios de Israel!
Qué es esto?
Torcuat. Si usted se casa
con ese hidalgo soez.

ESCENA XVI.

LUCIANA. DON SATURIO.

Saturio. Diablo de hombre! Qué le has hecho?
que dando tal campanada
se aleja...

Luciana. Nada.
Saturio. Y por nada
coge con la mano el techo?
Vaya; es loco rematado.
Despues que yo lo compongo
todo, apearse!... Supongo
que él no se habrá propasado.
Luciana. Don Saturio!
Saturio. No te alteres.
Ya sé yo que tu pudor
y sobre todo el fervor
con que á mí solo me quieres...
Luciana. Quiere usted dejarme en paz?
Saturio. Pues! De mal humor te ha puesto!
Sin duda ese hombre indigesto
se destetó con agraz.—
No respondes? Con quién hablo?
Oh! Si yo fuera celoso...
Lucianita! El rostro hermoso
vuelves airada? Qué diablo!...
Esa es ya mucha ternura,
Lucianita. Por los cielos
juro que no tengo celos
de ese jóven. Qué locura!
Antes debo suplicarte
que perdones mi manía.—
Vaya; alégrate, alma mia.
Yo que deseo obsequiarte...
Luciana. (Qué suplicio!)
Saturio. Hoy se ejecuta
mi comedia. Tú vendrás
por supuesto. Ya verás
qué escena la de la gruta.
Hay tambien cena, torneo,
máscaras, evoluciones,
un proceso de ladrones,
y naufragio, y tiroteo.
Te divertirás. Qué drama!
Luciana. Sí; como de tal ingenio.
Saturio. Qué sirve Inarco Celenio
para...
Luciana. Dále! Yo...

Saturio. La dama...
(*Mira su reloj.*)
Oh! Las ocho y doce. Voy...
Vístete tú. La comedia
se empieza á las ocho y media.
Luciana. Para comedias estoy.
Saturio. Qué escucho! Aun no se te pasa
la murria? Ven. No te enfades.
Luciana. Yo? Para oir necedades?
Bastantes oigo en mi casa.
(*Voces dentro como de riña.*)
Saturio. Es posible que te piques
hasta el punto?...
Nemesia. (*Dentro.*) No señor.
Saturio. Calla! Esos gritos...
Nemesia. (*Dentro.*) Qué horror!
Ciriaco. No tal. (*Dentro.*)
Nemesia. (*Dentro.*) Sí tal.
Ciriaco. (*Dentro.*) No repliques.
Saturio. Acudamos.

ESCENA XVII.

LUCIANA. DON SATURIO. DON CIRIACO. NEMESIA.

Ciriaco. (*En bata.*) Voto á brios!...
Nemesia. No señor; no.
Ciriaco. Qué! No mando
yo en mi casa? Desde cuándo?...
Nemesia. Con ninguno de los dos.
No he de sufrir tal desastre.
Saturio. Sepamos...
Luciana. Padre!...
Saturio. Qué infierno!
Ciriaco. Lo he dicho: será mi yerno.
Nemesia. Será lo que tase un sastre.
Ciriaco. No soy yo su padre?
Nemesia. No.
Ciriaco. Qué se entiende?...
Saturio. Vamos...
Luciana. Dime...
Nemesia. No es su padre quien la oprime.—

Pero aun vivo, aun vivo yo.
Ciriaco. Gran persona!
Nemesia. Gran persona?
Saturio. Haya paz...
Nemesia. Aquí lo soy.
Ciriaco. Eso me faltaba hoy;
que una dueña quintañona...
Luciana. Padre!
Saturio. Calle usted que es mengua...
Nemesia. Cuidado con insultarme,
que por menos de un adarme...
No me busque usted la lengua!...
Saturio. Qué osadía! Qué descaro!
Nemesia. Mire usted que aquí va á haber
toros y cañas...
Luciana. Mujer!...
Nemesia. Mire usted que canto claro.
Ciriaco. Calle!...
Nemesia. No me dá la gana.
Sacaré trapos al aire.
A mí hacerme tal desaire!
A mí!
Ciriaco. Márchate, Luciana.
Luciana. Pero...
Ciriaco. Véte.
Saturio. Sí. Tu auxilio
no es del caso en tal momento.
Ya verás con mi talento
qué pronto los reconcilio.

ESCENA XVIII.

DON CIRIACO. DON SATURIO. NEMESIA.

Saturio. Vamos, juicio. Sepa yo
de qué nace esta quimera.
Ciriaco. Esa vieja cominera...
Nemesia. No, sino usted...
Ciriaco. No.
Nemesia. Sí.
Ciriaco. No.
Ella me falta al respeto.
Nemesia. El con fiera ingratitud...

Saturio. Mas flema, que la salud...
Ciriaco. Ella se mete...
Nemesia. Me meto...
Saturio. Hable uno solo, por Dios;
y bajo, que las paredes
oyen.
Nemesia. Yo.
Saturio. Tienen ustedes
razon de sobra los dos.
Ciriaco. No tal. Yo solo la tengo.
Saturio. Oh! Quién lo duda?
Nemesia. Eso no.
Quien tiene razon soy yo.
Saturio. Es claro.
Ciriaco. Miente.
Saturio. Convengo.
(Aun no sé por qué es la riña.)
Nemesia. Ese hombre es un Cancerbero.
Ciriaco. Cancerbero á mí!
Nemesia. Yo quiero
que sea feliz la niña.
Saturio. Prueba de buen corazon.
Y la riñe usted por eso?
Vaya; á no perder el seso...
Ciriaco. Basta, basta de sermon.
No sabes que esa marmota
mis designios contradice,
y dice de tí?...
Saturio. Qué dice?
Ciriaco. Que debes comer bellota.
Saturio. Cómo! Y usted no la estruja?
Nemesia. A mí?
Saturio. Por vida de quien!...
Nemesia. Digo bien; digo muy bien.
Ciriaco. Es una esfinge.
Saturio. Una bruja.
Ciriaco. Bruja? Eso no. Poco á poco.
Eso de decirla injurias
solo yo...
Saturio. Pero... Qué furias!
Si yo...
Nemesia. Silencio!

Saturio. Estoy loco.
(*Hasta el fin de la escena hablan los tres á un tiempo.*)
Nemesia. La culpa, la culpa es mia.
Saturio. Santo Dios omnipotente!
Ciriaco. Por ser yo condescendiente...
Nemesia. Quién me dijera algun dia!...
Saturio. Basta, basta de alboroto.
Ciriaco. Mas no; ya no me resigno...
Nemesia. Que este pago tan indigno...
Saturio. Horrenda imágen de Cloto,
calle usted! Calle usted, suegro!
Ciriaco. Que se aleje esa mujer.
Nemesia. Inícuo! Debes tener
ese corazon mas negro...
Saturio. Señora.
Nemesia. Traidor, ingrato!
No te acuerdas?...
Ciriaco. Embustera!
Nemesia. Si yo á mis veinte volviera...
Saturio. Qué locura! Qué arrebato!
Ciriaco. Afuera, afuera de aquí!
Saturio. No mas!
Nemesia. Ya me voy, mal hombre;
mas por vida de mi nombre
tú te acordarás de mí.

ESCENA XIX.

DON SATURIO. DON CIRIACO.

Saturio. Gracias á Dios que se fué!
Ciriaco. Uf! Los bofes voy á echar.
Saturio. Usted se debe alegrar...
Ciriaco. No se dónde estoy; no sé.—
Y yo que tanto idolatro
la quietud!... Baño perdido!
Saturio. Echese todo en olvido.—
Véngase usted al teatro...
Ciriaco. Por San Francisco de Borja
déjeme usted.
Saturio. Esta noche
dan mi comedia, y el coche...
Ciriaco. Qué comedia, ni qué alforja?

ESCENA XX.

DON SATURIO.

Tambien mi suegro? Cuidado
que es mucha conspiracion!...
Oh! Yo sé que en la funcion
será mi triunfo colmado.
No es mi esperanza ilusoria.
Si el palco sólo se vé,
no importa: lo llenaré
de confianza y de gloria.
Poetas! Qué envidia os causo!
Oh qué mal vais á cenar!—
Ya mi nombre oigo sonar
con estrepitoso aplauso.
Oh! Tanto laurel me agobia.
Mañana el pueblo en tropel
dirá: «Aquel es; vedle; aquel
es el cisne de Segovia!»

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

LUCIANA. DON CIRIACO.

Luciana. Vaya; perdónela usted.
Ciriaco. Yo!
Luciana. Por cosa que no vale
la pena...
Ciriaco. Cómo! Me ha dicho
cuatrocientas tempestades.
Luciana. La mucha ley que nos tiene,
es causa de que desbarre
alguna vez...
Ciriaco. Yo no quiero
que nadie en mi cásа mande
mas que yo.
Luciana. Si ella se toma
mas de cuatro libertades,
confiese usted que la culpa
no es suya.
Ciriaco. Pues de quién?
Luciana. Padre,
perdone usted mi franqueza.
Quiso usted que se encargase
del gobierno de la casa...
Ciriaco. Sí: y en cuánto á eso nadie
podrá decir que obré mal.
Es honrada; fiel...
Luciana. No obstante,
usted la dió desde luego
muchas alas, y ya es tarde
para cortárselas.

Ciriaco. Eh?
Luciana. Al menos en mi dictámen
no es prudente, ni es posible
destruir en un instante
la obra de tantos años.
Ciriaco. Qué no? Pues...
Luciana. Por otra parte,
despedirla sin piedad...
Ciriaco. Sí tal, antes que me arañe,
que segun la veo...
Luciana. Vamos.
A qué quiere usted mostrarse
rencoroso si jamás
lo ha sido?
Ciriaco. No, no te canses.
A casa no ha de volver.
Luciana. Por qué? Yo salgo garante
de su enmienda.
Ciriaco. Tú?
Luciana. No dudo
que la riña de esta tarde
le servirá de leccion
para ser en adelante
mas sumisa y apacible.
Ciriaco. Tiene acíbar en la sangre.
Luciana. No señor. Es que su celo...
Ciriaco. Me servia á mí de balde?
Luciana. Ya está arrepentida.
Ciriaco. Cómo!
Tú la has visto?
Luciana. Sí; poco hace.—
Dónde quiere usted que vaya
la infeliz llena de achaques,
anciana...
Ciriaco. Tienes razon.—
Pero yo no he de humillarme...
Luciana. Ni yo lo pretendo.
Ciriaco. Bien.—
No siendo yo quien la llame...
Luciana. Si no ha salido de casa!
Ciriaco. Ahora con eso me sales?
Luciana. Yo en la puerta la detuve

y la precisé á quedarse
contando con la indulgencia
de usted.

Ciriaco. Si en algo soy frágil
es en eso. Y dónde está?

Luciana. En su cuarto.

Ciriaco. Hecha un vinagre?
Por supuesto.

Luciana. No señor:
llorando.

Ciriaco. (*Enternecido.*) Llorando!—El diantre
de las lágrimas!...

Luciana. La llamo?

Ciriaco. No, que no quiero que se arme
de nuevo la pelotera.
Quédese en casa, y no se hable
mas del asunto.—(Estas son
consecuencias naturales
de mi... Si el hombre mirára...
En fin, justo es que yo pague...) (*Enojado.*)
Ya he dicho que la perdono.
No vuelvas á importunarme.

Luciana. Si no digo una palabra!

Ciriaco. Hum!...

Luciana. Le doy á usted millares
de gracias...

Ciriaco. Basta.

Luciana. (Callemos,
no haga el diablo que se enfade...)
Va usted á salir, papá?

Ciriaco. Sí; voy al café un instante.—
Escucha: ya sé que ha vuelto
don Torcuato á visitarte.

Luciana. Llamado por don Saturio,
que es un...

Ciriaco. Sí, sí, un badulaque.
Y sin duda don Torcuato
á fuer de rendido amante
volverá luego á la hora
de la tertulia.

Luciana. Es probable.

Ciriaco. Me alegro. Pues esta noche

le diré yo sin andarme
por las ramas que se vaya
con la música á otra parte.
Tú le amas...

Luciana. Yo...

Ciriaco. Sí. Por eso
has hecho tantos desaires
á don Saturio.

Luciana. Y por qué
tanto empeño en que me case
con ese hombre?

Ciriaco. Es mayorazgo,
y sus rentas...

Luciana. Pero, padre,
qué falta me hacen rentas?
Soy yo pobre vergonzante
para?...

Ciriaco. Es regidor perpétuo,
y su esclarecida sangre...

Luciana. Iré á lucir en el Prado
los timbres de su linaje?
Hacer pruebas de nobleza
hoy dia para casarse!
Qué tienen, pues, de comun
en este siglo mercante
con el santo matrimonio
las órdenes militares?
Qué importa que sus abuelos
venciesen á los alarbes,
si él es un pobre demonio,
vanidoso, estravagante
que nos tiene ya á los dos
achicharrada la sangre?

Ciriaco. En parte no dices mal.
Don Saturio es petulante,
no me oye con atencion
cuando le cuento algun lance;
cuando gusto de reñir
se empeña en que haga las paces;
quiere llevarme al teatro
cuando yo estoy para ahorcarme;
en todo me contradice,

y esto no le gusta á nadie;
mas ya le dí mi palabra,
y no esperes que yo falte...

Luciana. Y á una palabra indiscreta
quiere usted sacrificarme?

Ciriaco. Tu felicidad deseo;
mas...

Luciana. Ah! Con ese carácter
puede hacerme venturosa?

Ciriaco. Cómo no, si es tan afable,
tan complaciente, tan blando...

Luciana. Esas bellas cualidades
pierden toda su virtud
por la causa de que nacen.
Tan poco dama soy yo,
ó tan bello y tan amable
es él, que nunca he de verle
celoso...

Ciriaco. Celoso? Calle!
Tú quieres que tenga celos?

Luciana. Los tendria si me amase;
pero es mas su vanidad
que su amor.

Ciriaco. Si él te complace,
qué mas quieres?

Luciana. Suponer
que nadie puede agradarme
sino él, y que el alma mia
se ha rendido sin combate
á su mérito sublime,
es un insulto, un ultraje
que yo no puedo sufrir;
y antes que con él me case
soy capaz...

Ciriaco. Cómo se entiende?...

Luciana. Jamás...

Ciriaco. Qué tono arrogante
es ese? De cuándo acá?...

Luciana. Usted me precisa á hablarle
de este modo. Si he mostrado
hasta ahora resignarme
con la voluntad de usted,

es porque he creido fácil
el lograr que don Saturio
á mi mano renunciase;
pero visto que ni burlas,
ni repetidos desaires
le convencen, antes bien
todas las juzga señales
del amor mas acendrado,
forzoso es que ya declare
mi firme resolucion
de consentír que me maten
primero que dar mi mano
á tan necio personage.

Ciriaco. Qué escucho! Tú te me atreves?

Luciana. Yo, papá...

Ciriaco. Tú te sustraes
á mi autoridad paterna!

Luciana. Señor...

Ciriaco. Que una ama de llaves
se las apueste á su amo,
eso ya es corriente; pase:
muchos solterones hay
que sufren ese percance
con resignacion cristiana;
pero una hija á su padre!

Luciana. Ah! No. Aplaque usted su enojo,
que primero que yo cause
á quien me dió la existencia
la menor pena...

Ciriaco. Adelante.
(Las lágrimas se me saltan.
Que mi corazon se ablande
con tanta facilidad!)
No prosigues? (*Afectando severidad.*)

Luciana. Usted me hace
temblar.

Ciriaco. Qué temblar? Acaso
soy yo algun Abencerrage?

Luciana. Digo que si usted se obstina,
padre mio, en desposarme
con don Saturio, mi mano
está pronta. Los pesares

me matarán, mas qué importa?
Ciriaco. (Esta muchacha es un ángel.)
Luciana. El amor filial lo exige.
Paciencia!
Ciriaco. (Ya ha dado al traste
con mi rigor.)
Luciana. Mande usted
que las galas me preparen
de boda;... y al mismo tiempo
las antorchas funerales.
Ciriaco. Hija!
Luciana. Postrada á esos piés...
Ciriaco. Levanta.—Vírgen del Cármen!...
Basta.
Luciana. Mi sentencia espero.
Ciriaco. Ya he dicho que te levantes.
Luciana. Pero... Si...
Ciriaco. (*La hace levantar y la abraza.*)
Ven á mis brazos.
Si no quieres, no te cases
con don Saturio. Dirá
que yo soy un botarate;
pero primero es tu vida.
Luciana. Qué bondad!
Ciriaco. Y mas que rabie;
y mas que se queje á Poncio
Pilato.
Luciana. Querido padre!
Ciriaco. Sí, Lucianita. No quiero
que algun dia me comparen
con esos padres feroces
de novelas y romances.
Cásate con don Torcuato;
y si haces un disparate
allá te avengas con él.
Luciana. Si valiera mi dictámen...
Ciriaco. Tú le amas.
Luciana. Yo... La verdad...
Ciriaco. Vamos, melindres aparte.
Si yo quiero darte gusto!
Me basta que tú le ames...
Luciana. Yo confieso que algun dia

le tuve aficion. No obstante...

Ciriaco. Qué es eso?

Luciana. Dice el adagio,
señor, antes que te cases
mira lo que haces.

Ciriaco. Ahora
te me vienes con refranes?

Luciana. Yo sería mas feliz
no casándome con nadie.

Ciriaco. Chica, chica! Dónde estamos?
Tú te has propuesto mofarte
de mí.

Luciana. De usted, padre mio?

Ciriaco. Por vida de los Algarbes!...
Te caso con otro, y basta
para que tú le idolatres:
te caso con él, y ya
no puedes atravesarle.
Oh qué espíritu endiablado
de contradiccion!

Luciana. Dios sabe...

Ciriaco. Dios sabe que las mujeres
son volubles como el aire;
Dios sabe que ya me canso
de ser complaciente en balde;
Dios sabe que un padre viudo
no es el custodio mas hábil
para una niña ojinegra
que quiere lucir el talle;
Dios sabe bien que ya es hora
de que yo duerma y descanse,
y de que algun nietecillo
me consuele en los afanes
de la vejez; sabe Dios
que no están hoy tan sobrantes
los novios para que tú
en escrúpulos te pares;
y, en fin, sabe Dios, Luciana,
que á uno de tus dos amantes
has de dar el sí esta noche,
sino es que Dios te depare
algun tercero en discordia

que del empeño te saque.
De lo contrario, te juro
que otro campo de Agramante
va á ser esta casa: entiendes?
(Gran cosa es tener carácter.)

ESCENA II.

LUCIANA.

Vaya que tambien me pone
mi padre en terrible apuro!
Con cualquiera que me case
de los dos voy al sepulcro
en quince dias.—Dios mio!
Por qué la suerte dispuso
que no pueda una mujer
buscar marido á su gusto?
Tirana opinion, si yo
pudiera romper tu yugo;
si no temiese... Infeliz!
En qué mi esperanza fundo?
No me ama á mi don Rodrigo;
no. Ningun amante es mudo
cuando conoce que agrada
y al menos está seguro
de no sufrir un desprecio.
Ah!... Y en tanto el testarudo
de mi padre... Y soy tan débil
que por temer un abuso
de su autoridad... No, no.
Resuelta estoy. Con ninguno.—
(*Saca un billete.*)
Aquí está la humilde carta
en que se acoge á mi indulto
don Torcuato, y me promete...
No. Ya es tarde. Yo le juro...
Lo mejor será escribirle
diciéndole sin preludios
que se vaya enhoramala.
(*Se sienta á escribir.*)
Sí, sí. Y al tal don Saturio.

lo mismo. Una circular:
no me queda otro recurso.
A ver si una vez consigo
verme libre de importunos! (*Escribe.*)

ESCENA III.

LUCIANA. DON RODRIGO.

Rodrigo. (Segun me ha dicho Simon
sola está. Mas oportuna
no puede ser la ocasion.
Ah! Si tengo la fortuna
de rendir su corazon...)
Luciana. Quién ha entrado? Don Rodrigo!
(*Se levanta.*)
Rodrigo. Sentiria incomodar...
Luciana. Nunca incomoda un amigo.
Venia usted á ensayar
aquel *dueto* conmigo?
Rodrigo. Otro es el objeto ahora
de mi visita, señora.
Si usted me dá su licencia;
si cuento con su indulgencia...
Luciana. Mi indulgencia? Usted la implora!
Rodrigo. Pero usted, si no me engaño,
estaba escribiendo.
Luciana. Sí.
Rodrigo. A don Torcuato?
Luciana. Es estraño?
Rodrigo. De amor?
Luciana. No es él para mí.
Le receto un desengaño.
Lea usted, no hablo de chanza,
lea usted lo que escribia.
Rodrigo. Señora, tal confianza
merece...
Luciana. De usted la haria
mayor.
Rodrigo. (Oh dulce esperanza!)
Luciana. Lea usted. Yo escribo mal,
pero claro. (Oh Dios! Se inmuta.)

Rodrigo. (Perfectamente.)
Luciana. Qué tal?
Rodrigo. Este billete es igual
á una licencia absoluta.
Luciana. Otro del mismo tenor
prevenia mi rigor
al hidalgo de Segovia.
Rodrigo. Así paga usted su amor?
Luciana. Vaya á buscar otra novia.
Rodrigo. Qué dirá el presunto suegro?
Luciana. Si en esto pena le doy,
no es mi destino mas negro?
Ayer dos amantes, y hoy
ni uno siquiera!
Rodrigo. Me alegro.
Luciana. Se alegra usted?
Rodrigo. En el alma.
Luciana. Muchas gracias, caballero.
Rodrigo. Así en halagüeña calma
puede aspirar á la palma
otro amante mas sincero.
Luciana. Otro amante! Donde está?
Por qué se oculta á mis ojos?
Rodrigo. Luciana!
Luciana. (Ay, Dios! Si será...)
Es porque teme quizá
ser blanco de mis enojos?
Yo no soy ninguna harpía.
Rodrigo. No, sino apacible y bella
cual la luz del nuevo dia;
pero tiene mala estrella
como amante, y desconfia...
Luciana. Pero en qué, si no me trata,
en qué funda su temor?
Puedo yo ser en rigor
ni agradecida ni ingrata
á un desconocido amor?
Rodrigo. No es tan oculto el amante
ni el amor con que batalla;
no, amiga, que á cada instante,
aunque su lengua lo calla,
lo revela su semblante.

Luciana. A silencio tan tenaz
quizá su orgullo le impulsa.
Rodrigo. Ni es orgulloso, ni audaz.
Luciana. Si es su amor tan eficaz...
Rodrigo. Quién no teme una repulsa?
Luciana. Cómo sabe usted su arcano?
Rodrigo. Nuestra amistad...
Luciana. Don Rodrigo!
Rodrigo. Le quiero como á un hermano.
Luciana. Vaya que es usted amigo
de todo el género humano!
Rodrigo. Luciana, no es ya ocasion
de reprimir ni callar
la mas ardiente pasion
que jamás pudo albergar
un sensible corazon.
Si la ha callado hasta ahora
el que tan rendido adora
de ese rostro el dulce imán,
no es sin motivo, señora,
que era al fin... tercer galan.
Este empleo no le gusta,
Lucianita; y sabe Dios
que su prudencia era justa.
Un rival á nadie asusta;
mas quién se atreve con dos?
Sufria, pues, y callaba,
mas siempre obsequioso y fiel
la preferencia anhelaba.
Qué otro arbitrio le quedaba
en conflicto tan cruel?
Si no amado, mereció
ser estimado á lo menos,
y su esperanza fundó
en los errores agenos,
ya que en su mérito no.
No de ellos hablaba mal
con usted; que en su opinion
el deprimir á un rival
es medio ruin, criminal,
de ganar un corazon.
Mas, cual si fuera su intento

á mi amigo proteger
y no el triunfo merecer,
ambos tuvieron talento...
para hacerse aborrecer.
Mi amigo, en tanto, ocultaba
bajo el velo de amistad
la pasion que le abrasaba;
y á tan sublime beldad
en silencio idolatraba.
Sabe Dios si á su despecho
tanto sacrificio ha hecho;
que aunque es grande su temor
mal contenia al amor
en la cárcel de su pecho.
Mas á tanto afan, señora,
debe tambien la ventura
de añadir mas precio ahora
á las prendas que atesora
tan peregrina hermosura;
que amorosa intimidad
produce mas de un error,
y la mujer en verdad
no reserva á la amistad
lo que disfraza al amor.
Sea, en fin, grata ó cruel,
Luciana, llegó el instante
de que reconozca en él
á un tiempo su amigo fiel
y su mas rendido amante.

Luciana. Estraña declaracion!
Quién vió tanta precaucion
para descubrir un hombre
su acrisolada pasion?
Y aun me calla usted su nombre?
Por fortuna yo lo sé.

Rodrigo. Lucianita!...

Luciana. Y no me pesa.
Hombre que con tanta fé
por mi dicha se interesa,
quién puede ser sino usté?

Rodrigo. Sí, vida mia; humillado
á esas plantas lo confieso.

Luciana. Hola! El galan moderado
á mis pies arrodillado!
Tanto orgullo para eso!
Rodrigo. (Cielos! Todo lo perdí.)
Será usted tan inhumana
que ahora se burle de mí?
Luciana. No, por vida de Luciana;...
pero está usted bien así.
Rodrigo. Yo...
Luciana. Con franqueza lo digo.
Esto es ser en realidad
mi amante.
Rodrigo. El cielo es testigo...
Luciana. Era ya mucha amistad
la del señor don Rodrigo!
Rodrigo. Ah! Mi desventura estrema
en esa risa contemplo.
Luciana. No estrañe usted que yo tema...
Eso de amar pide flema.—
Usted me ha dado el ejemplo.
Rodrigo. Qué, señora! Mi humildad
no ha de merecer piedad?...
Luciana. Esa humildad es mi gloria;
que ya dudaba en verdad
de conseguir la victoria.
Rodrigo. La victoria! Usted podia
dudar que la dicha mia?...
Luciana. Se cifraba en mi cariño?
Ahora lo veo, y un niño
de la escuela lo veria.
Veo el cordial interés
de un galan fino y constante
que ha necesitado un mes
para llamarse mi amante,
para postrarse á mis pies.
Veo, en fin, el desconsuelo.
Veo el afan con que al cielo,
está pidiendo, no en vano,...
una generosa mano
que le levante del suelo.
(*Le levanta. Don Torcuato besa la mano de Luciana.*)
Rodrigo. Es posible!... Oh dulce bien!

Cesó mi duro quebranto.
Ya no temo tu desden...
Luciana. Cómo! Besarla tambien?
No la doy yo para tanto.—
Basta; no mas.—Siento abrir...
Quizá don Torcuato... Adios.
Rodrigo. Huye usted!...
Luciana. Pues no he de huir
si ya no puedo sufrir
á ninguno de los dos?
(*Aparece don Torcuato y se detiene á la puerta.*)
Rodrigo. Con que...
Luciana. (*En voz baja.*) Ahí está...
Rodrigo. (*En voz baja.*) No es ingrato
al amor mas verdadero
tu pecho...
Luciana. (*En voz baja.*) Calla, insensato!
He de decir que te quiero
delante de don Torcuato?

ESCENA IV.

DON RODRIGO. DON TORCUATO.

Torcuat. Oh mi amigo! Yo me aplaudo...
Rodrigo. Buenas noches...
Torcuat. Solo fundo
en usted mis esperanzas,
y es para mi buen anuncio...
Rodrigo. Permítame usted...
Torcuat. Yo tengo
un carácter algo brusco,
lo confieso, y es mi flaco
recelar de todo el mundo;
pero me ha inspirado usted
tal confianza, que no dudo...
Rodrigo. No hay motivo...
Torcuat. Usted perdone
si á mi pesar le interrumpo.
Usted tiene fortaleza
para arrostrar el impulso
de las pasiones.

Rodrigo. No tal.
Mi corazon no es de estuco.
(Vaya, que es fisonomista
don Torcuato cual ninguno!)
Torcuat. No ama usted á esa belleza
que está abriendo mi sepulcro,
y al mismo tiempo es usted
el mayor amigo suyo.
Sé muy bien por otra parte
que mi rival don Saturio,
aunque pariente de usted,
no es quien... Por Dios! Ya concluyo.
No es quien usted considera
mas digno del dulce nudo
á que aspiramos los dos;
y aunque tampoco me juzgo
acreedor á tanta dicha,
si cuento con el influjo
de usted...
Rodrigo. Amigo, yo siento...
Torcuat. Malo! Malo! Ya barrunto
que está Luciana furiosa
contra mí.
Rodrigo. Yo...
Torcuat. Qué de insultos,
qué de pestes habrá dicho!
Ya se ve; yo soy un buho,
desconfiado, intratable...
Pero por los cielos juro
que la adoro; y que al momento
que la doy algun disgusto
me entra un pesar, una... Vamos,
no daré mas en el flujo
de ser celoso. Y con esto
qué adelanto? Me consumo,
me desespero y me espongo
á las sátiras del vulgo.—
Yo vengo á pedir su mano.
El momento es oportuno
porque sé que mi rival
no ha de arrebatarme el triunfo.
No. Luciana le detesta,

se mofa de él; y prosumo
que hará conmigo las paces
si la intercesion que busco
me dispensa don Rodrigo.
Por Dios, por Dios trino y uno
hable usted en mi favor
á la hija, al padre... Cuál sudo!
y á la vieja, pues á tanta
humillacion me redujo
mi infausto amor. Sea usted
mi luz, mi amparo, mi escudo,
mi ángel tutelar, en fin,
porque si en tanto infortunio
me abandona, no hay remedio,
en el canal me sepulto.

Rodrigo. Qué locura! No es mejor
renunciar...

Torcuat. No, no renuncio.
Valgo mas que el segoviano,
y postergarme no es justo
á semejante individuo.
No faltaba mas!

Rodrigo. Abundo
en esa idea. No obstante,
puede que otro...

Torcuat. Me aventuro
á todo. La incertidumbre
es el mas cruel verdugo
para mí.

Rodrigo. (Tú saldrás de ella
antes de veinte minutos.)—
Alguien viene... Es don Ciriaco.

ESCENA V.

DON CIRIACO. DON RODRIGO. DON TORCUATO.

Ciriaco. Señores mios, saludo
á ustedes.

Rodrigo. Felices noches.

Ciriaco. Vienen ustedes alguno
de hácia la plazuela?

Rodrigo. Yo?
No.
Torcuat. Yo he traido otro rumbo.
Ciriaco. Ah! Pues no saben ustedes
el lance... Es cosa de gusto.
Vaya, que la tal plazuela
de Santa Ana!... Allá á lo oscuro,
en un banco confidente
de pasatiempos nocturnos
estaban dama y galan
tratando de sus asuntos.
Los veo, paso de largo
y hácia el otro lado cruzo;
pero apenas hube vuelto
las espaldas, cuando escucho
voces como de camorra.
Acudo al banco; y un chulo...
así... del cuerpo de usted,...
(*Palpando á don Rodrigo y luego á don Torcuato.*)
no; mas delgado de muslos;
gran patilla, mal carado,
vomitaba mil insultos
contra el galan consabido,
que era... como usted: enjuto,
pero agraciado; bien puesto,
ojos garzos, pelo rubio.
A las primeras palabras
la Lucrecia no se anduvo
en chiquitas: vuelve grupas
y no para hasta el Refugio.
Acuden los aguadores,
las pasiegas!... Qué barullo!
Los chicos de la candela,
los vecinos;... todo el mundo.
Qué gritar! Nadie se entiende.
En esto cejando el uno...
Por ejemplo, usted.
(*Haciendo retroceder á don Torcuato.*)
Rodrigo. (*Ap. á don Torcuato.*) Cachaza!
Torcuat. Por vida de...
Rodrigo. (*Ap. á don Torcuato.*)
Disimulo!

Ciriaco. Y avanzando el otro, llegan
á la fuente. El iracundo
recienvecino, que es hombre
de alma negra y recios puños,
coge al otro, lo levanta...
(*Queriendo levantar en alto á don Torcuato.*)
Torcuat. (*Desprendiéndose vivamente.*)
Quieto, quieto. Yo concluyo
le narracion. Lo columpia,
y entre la risa del vulgo
lo zambulle en el pilon.
Crece entonces el tumulto;
el agresor se escabulle;
el otro, que no es besugo,
procura salir del agua
y le ayudan los farrucos;
viene la guardia y le arrestan
para mayor infortunio;
huye usted por no esponerse
á un culatazo importuno,
y entra en su casa: esta es
la historia punto por punto.
Ciriaco. Tiene usted razon, amigo;
pero cómo?... yo me aturdo,
cómo ha adivinado usted?...
Torcuat. Es que era grande mi apuro.
Si Dios no me hace profeta
ya estaria yo difunto.
Ciriaco. Yo... Pero quién entra? Calle!
El insigne don Saturio.

ESCENA VI.

DON SATURIO. DON CIRIACO. DON RODRIGO. DON TORCUATO.

Ciriaco. Tan pronto! A las nueve y media!
Se ha acabado la comedia?
Saturio. Voy á responder mas cómodo. (*Se sienta.*)
—Sí señor, y no señor.
Ciriaco. Cómo!...
Saturio. El informe es exacto.
Hemos suprimido un acto.

Ciriaco. Hombre!
Saturio. Ha renunciado al último
el benigno espectador.
Ciriaco. Singular economía!
Saturio. Tanto era el calor que hacia...
Torcuat. Vaya, habrá apestado al público
el drama...
Saturio. Creo que sí.
Torcuat. El hombre no se acalora.
Rodrigo. Y á quién culparás ahora?...
Saturio. Yo echo la culpa á los cómicos,...
y ellos me la echan á mí.
Ciriaco. Tú digiste mil loores
no há mucho de los actores.
Saturio. Pues bien: habré sido víctima
de alguna intriga infernal.
Desde la primera escena,
y por cierto que es muy buena,
sentí levantado el látigo
contra mi drama. Qué tal?
Se redobló el aguacero
al fin del acto primero,
y eso que hay allí dos párrafos
que parten el corazon.
Se empieza el acto segundo,
y el público furibundo
grita por todos los ángulos:
«Basta ya! Caiga el telon!»
Prosigue no obstante el drama:
de nuevo la gente brama,
y qué confusion! qué estrépito!
Otra torre de Babel.
Manda por fin el alcalde
que cese el drama, y en balde
reclamaba yo frenético
la promesa del cartel.
Pronto mi afan interpreta
un *quidam* de la luneta
y esclama: «Aquel energúmeno
es el autor!—El autor!...»
Animas del Purgatorio,
cuál bufaba el auditorio!...

Y yo allí firme, impertérrito
en el campo del honor.
No hay quien al pueblo contenga;
hablo; no se oye mi arenga;
entra en mi palco un satélite
y me hace salir de allí:
obedezco; escondo el bulto;
en medio de aquel tumulto
me presta su coche un prógimo
y... No hay mas. Ya estoy aquí.

Ciriaco. Y que á un hombre se persiga
de ese modo!

Saturio. Es una intriga: (*Se levanta.*)
ya lo he dicho. Siempre al mérito
persigue la envidia vil.

Ciriaco. Pues véngate de la ofensa
dando tu drama á la prensa...

Saturio. Por supuesto, y con un prólogo
que ha de arder en un candil.

Rodrigo. Pero, hombre, has de ser tan necio...

Saturio. (*Sin oirlo.*) Tranquilo estoy. Los desprecio.

Rodrigo. Déjate ya...

Saturio. Gente estólida!
Yo apelo al pio lector.

Torcuat. El pueblo fué muy severo.
Tal vez el acto tercero...

Saturio. Toma! Es un acto magnífico.

Torcuat. Oh! Ya supongo...

Saturio. El mejor.

Torcuat. Ya se ve; no lo han oido...

Saturio. En vano lo he pretendido.

Torcuat. Hombre! Una idea bellísima
me ocurre.

Saturio. Sepamos cuál.

Torcuat. Eche usted al drama un remiendo
los tres actos refundiendo
y empezando por el último;
y se hace usted inmortal.

Saturio. Pues, mire usted, no estoy lejos...
Mas no he menester consejos.—
Ni se ha de abatir mi espíritu
por tan pequeño revés.—

Basta de literatura
y hablemos de mi futura.
Llegó ya el momento plácido,
ó he de esperar otro mes...

Ciriaco. No, no. Esta noche es forzoso
que elija Luciana esposo.

Saturio. Ya lo eligió. Qué preámbulos...

Torcuat. Yo la adoro.

Ciriaco. Lo sé ya.—
Luciana!

Torcuat. Su mano bella...

Saturio. Yo estoy tan seguro de ella
que...

Ciriaco. Despacio.

Torcuat. Si me es lícito...

Ciriaco. Bien. Un momento... Aquí está.

ESCENA VII.

LUCIANA. DON SATURIO. DON CIRIACO. DON RODRIGO. DON TORCUATO. NEMESIA.

Nemesia. (*Aparte á Luciana.*)
Señorita, ya ha llegado
el momento decisivo.
Buen ánimo. Aquí estoy yo.

Ciriaco. Hija mia, ya te he dicho
que esta noche sin mas tregua
has de elegir un marido.
Bien te pudiera obligar
consecuente en mis designios
á casarte con el novio
por tu padre preferido;
mas cede la autoridad
al impulso del cariño,
y algo se ha de conceder
de una doncella al capricho.
Aquí están los candidatos:
ambos te son conocidos.
Mira tú cual de los dos
es de tu mano el mas digno,
dásela en presencia mia,
y alabado sea Cristo.

Torcuat. (Temblando estoy. No me mira...
Calla... Gran Dios! Soy perdido.)
Señor...
Saturio. Pido la palabra.—
Amigo y muy señor mio,
yo debiera protestar
contra un acto que en mi juicio
tiende á anular mis derechos,
justamente establecidos
en la palabra formal
que usted me ha dado hace un siglo
de ser mi suegro. No obstante,
como estoy tan convencido
del amor que me profesa
Lucianita, la autorizo
para que pronuncie un fallo
en que mi ventura cifro.
Así no dará Madrid
el nombre de donativo
á lo que es una conquista;
así el paternal dominio
no ha menester instalarme
en un corazon que es mio.
Nemesia. (Qué fantasmon! Le daria
mas bofetadas...)
Saturio. He dicho.
Hable ahora la interesada.
Ciriaco. Hable, pues.
Torcuat. (*Aparte con don Rodrigo.*)
Yo desconfio;
yo temo...
Rodrigo. (Tampoco yo
las tengo todas conmigo.)
Luciana. Padre mio, usted me pone
en un cruel compromiso.
Aquí en presencia de todos
declarar...
Ciriaco. No hay otro arbitrio.
Saturio. Cómo ha de ser? Don Torcuato
es un mozo comedido,
juicioso, urbano, prudente;
y puesto que es ya preciso

desengañarle...

Torcuat. Oiga usted!
De ningun hombre nacido
sufro yo...

Ciriaco. Por Dios, señores!
Qué es esto? Un poco de juicio.—
Vamos, hablas tú esta noche?

Luciana. Sea cual fuere el partido
que yo tome, no es posible
que agrade á todos.

Ciriaco. Yo exijo...

Luciana. No me gusta desairar
á nadie.

Saturio. Pues! No lo digo?

Ciriaco. Ea, escrúpulos á un lado.

Luciana. Padre, es mucho sacrificio
el que exige usted de mí,
y yo no me determino...

Ciriaco. Ahora salimos con eso?

Luciana. Mas para evitar litigios
y escusarme á mí el rubor
que en vano á vencer me animo,
consiento en dar mis poderes...
al señor.

Ciriaco. Cómo!

Saturio. A mi primo!

Rodrigo. Yo, señorita...

Luciana. El de todos
es confidente y amigo:
él es buen observador
y conocer ha podido
las prendas y los defectos
de los que con tanto ahinco
pretenden mi mano: acaso
tambien habrá conocido
á quién dá la preferencia
mi corazon...

Saturio. Gran prodigio!
Aunque fuera un topo...

Luciana. En fin,
yo en él solo deposito
mi confianza, y á su fallo

sin murmurar me resigno.
Ciriaco. Dice bien. Un imparcial...
Quién mejor que don Rodrigo...
Aprobado.
Saturio. Me conformo.—
(Se están mirando hito á hito.—
Ahora me mira Luciana.—
Ahora se rie.—Está visto;
yo venzo.)
Torcuat. (Será capaz
de preferir á ese mico...
No, no lo puedo creer.—
Pero quién sabe?... Es su primo...)
Ciriaco. Don Torcuato. Usted qué dice?
Tarcuat. Yo?... Qué he de decir? Que admito
la proposicion. Salgamos
cuanto antes del laberinto
y acabemos, que ya estoy
para dar un estallido.
Rodrigo. Delicada comision
es esta, y si bien medito
sus consecuencias... Yo creo
que al labio puro y sencillo
de Luciana corresponde...
Ciriaco. No, no. Ya está convenido
que usted sea el juez.
Rodrigo. Yo siento...
Luciana. Mire usted que si yo elijo
á todos los dejo iguales.
Vacila usted?
Rodrigo. No vacilo.
Me dán ustedes palabra
sea cual fuere mi juicio
de atenerse á él?
Ciriaco. La doy.
Saturio. La damos.
Nemesia. Yo la confirmo.
Rodrigo. Don Torcuato es un mancebo
por muchos títutos digno
de mi aprecio. Tiene un alma
de fuego, y otro mas fino,
otro amante mas sensible

á los dulces atractivos
de Luciana, ni capaz
de mayores sacrificios
quizá no pudiera hallarse
á no buscarlo en los libros.

Torcuat. (Oh dicha!)

Rodrigo. Pero...

Torcuat. (Ese pero
me asesina.)

Saturio. (Yo me rio
de verle tan azorado.)

Ciriaco. Prosiga usted.

Rodrigo. Ya prosigo.
Pero es lástima que tenga
un carácter tan sombrío,
tan suspicaz, tan celoso,
pues con él le vaticino
poca dicha con las damas.
A quién agrada un marido
perpétuamente quejoso,
siempre soñando delitos,
atalaya sempiterno
y tirano vitalicio,
que vive con su mujer
como en pais enemigo?
Nunca el verdadero amor
se cifra en esos delirios,
ni la doméstica paz
se halla por ese camino.—
Creo, pues, que Lucianita
le estima á usted como amigo,
pero...

Torcuat. No diga usted mas.
Infiel! Ingrata!... Maldito
sea mi amor y...

Saturio. (Me dá
compasion el pobrecillo.)

Rodrigo. Por el estremo contrario
peca Saturio mi primo;
y no sé en cuál de los dos
está mas patente el vicio.—
Qué digo? Un hombre celoso,

aun siéndolo sin motivo,
prueba á su mujer al menos
que la adora, y el suplicio
á que condenada vive
tal vez logra algun alivio
con el incienso en las aras
de su amor propio ofrecido;
mas un marido insolente
que hacer piensa un beneficio
á su mujer si la mira;
y desprecia los peligros,
menos por hacer justicia
á la virtud y al cariño
de su humillada consorte,
que por no mostrar indicios
de lo que llama flaqueza
su orgullo insensato, indigno,
puede amarla por ventura
si solo se ama á sí mismo?

Saturio. Eso es decir...

Rodrigo. Es decir
que no se casa contigo
Luciana.

Saturio. Qué! Te chanceas.

Rodrigo. No tal. Yo...

Saturio. Qué desatino!
Cuánto va á que ella no dice?...

Luciana. Sí, señor; y lo repito.

Saturio. Cómo!... Qué ultraje! Qué infamia!
Es esto juego de niños?
Despues de tantas finezas,
despues?... (Pero á qué me irrito,
nécio de mí, si todo esto
es sin duda un artificio...
Claro está. Pues: para echar
al otro.—Sí. Estoy tranquilo.)

Ciriaco. Vaya, vaya! Estoy absorto.
Con que sacamos en limpio
despues de tanta parola,
que ambos quedan escluidos?
Pues, señor mio, no es eso
lo tratado; no. Yo insisto...

Rodrigo. Déjeme usted concluir,
don Ciriaco. No imagino
que sea fácil hallar
quien merezca tanto hechizo;
mas si entre dos aspirantes
de carácter tan distinto
otro hombre se presentase,
ni celoso, ni engreido,
ni en estremo confiado,
ni caviloso y arisco;
si el famoso *justo medio*
que, siendo hoy dia el prurito
de tantos hombres de Estado,
nunca pueden conseguirlo,
viniera á nuestro socorro;
si en medio de este conflicto
de opiniones encontradas
se ofreciera de improviso...
así... un tercero en discordia,
que desenredando el hilo
sentenciase en su favor
este singular litigio;
si fuera, en fin, tan dichoso
que ya hubiera merecido
el amor de Lucianita,
y si fuera noble y rico
como estos dos caballeros,
seria usted tan impío
que le negase obstinado
el premio de sus suspiros?

Ciriaco. No por cierto.

Torcuat. (Qué sospechas...)

Saturio. (Ya entiendo.)

Ciriaco. Estoy decidido
á que se case Luciana
cuanto antes; y voto á Crispo
que si hoy no presenta un novio,
se lo saco del hospicio.

Rodrigo. Pues bien; ese *justo medio*,
sean ustedes testigos,
ese tercero en discordia
soy yo.

Ciriaco. Usted!
Torcuat. Usted!
Rodrigo. Yo mismo.
Ciriaco. Cuánto me alegro!—Un abrazo.
Pues si usted me hubiera dicho
con tiempo...—Qué dices tú?
Luciana. Que con mucho regocijo
le daré mi mano.
Ciriaco. Bien.
(*A don Rodrigo.*)
Sé su esposa.—Sé mi hijo.
(*Don Saturio se pasea con aire de satisfaccion.*)
Torcuat. (*Se levanta.*)
No puedo: no puedo mas!
Nemesia. (Oh! Primero que él se largue...)
Torcuat. Mujeres, mujeres!... Cargue
con la mejor Satanás.
Quién fia en vuestra virtud?
Cruel, aleve, proterva,
ese pago me reserva
tu bárbara ingratitud?
Reniego de mi pasion.—
Y usted, usted, don Rodrigo,
á quien tuve por amigo,
me usurpa su corazon!
Ah!... Sea usted confiado!
Para el tonto que lo fuera.
Ni me fiaré siquiera
del padre que me ha engendrado.—
Ah Dios! Ya en odio convierto
mi amor, infausta mujer,
y por no volverte á ver
soy capaz de irme á un desierto.
Bella ocasion de mi mal
que en matarme te complaces,
solo siento que te enlaces
con un hombre racional;
y que en premio de un perjurio
tan inícuo y espantoso,
Dios no te dé por esposo
al cafre de don Saturio.

ESCENA ÚLTIMA.

LUCIANA. DON CIRIACO. DON SATURIO. DON RODRIGO. NEMESIA.

Saturio. Bah! Desahogo impotente
de su rabia. Le perdono,
que no merece mi encono
por caido y por demente.—
Con que vamos; yo supongo
que todo ha sido una chanza...
Nemesia. (Oh qué bestial confianza!)
Saturio. Eh!... Yo en tu lugar me pongo.
Cómo libertarnos de él
sin esa farsa!... Si digo
que las mujeres!... Rodrigo,
has hecho bien tu papel.
Rodrigo. Qué papel? Nada he fingido.
Saturio. Basta. Ya es mucho moler...
Rodrigo. Lucianita es mi mujer.
Luciana. Don Rodrigo es mi marido.
Ciriaco. Y ya no hay apelacion.
Saturio. No? Pues como soy cristiano...
Rodrigo. Y ahora va á darme la mano...
Luciana. La mano y el corazon.
(*Dánse las manos.*)
Saturio. De veras?
Nemesia. Lo dicho, dicho.
Yo les doy mi parabien.
Saturio. Bien... No me opongo... Muy bien...
(Vaya, que es raro capricho...)
(*Se queda pensativo.*)
Nemesia. Ahora para celebrar
eleccion tan acertada,
nos espera una ponchada
que he mandado preparar.
Saturio. (*Con sonrisa forzada.*)
Ponchada? Bien! Es muy justo...
Rodrigo. Vamos, no estés afligido.
Yo siento...
Saturio. No. Distraido...
Ciriaco. Ven, hombre.
Saturio. Con mucho gusto.

Nemesia. Victoria por don Rodrigo!
Rodrigo. (*Dirigiéndose al gabinete.*)
Mi bien!...
Luciana. Mi amor!...
Saturio. (*En voz baja á Nemesia.*)
Todavía
no han ido á la vicaría.—
Aun se ha de casar conmigo.

FIN DE LA COMEDIA.